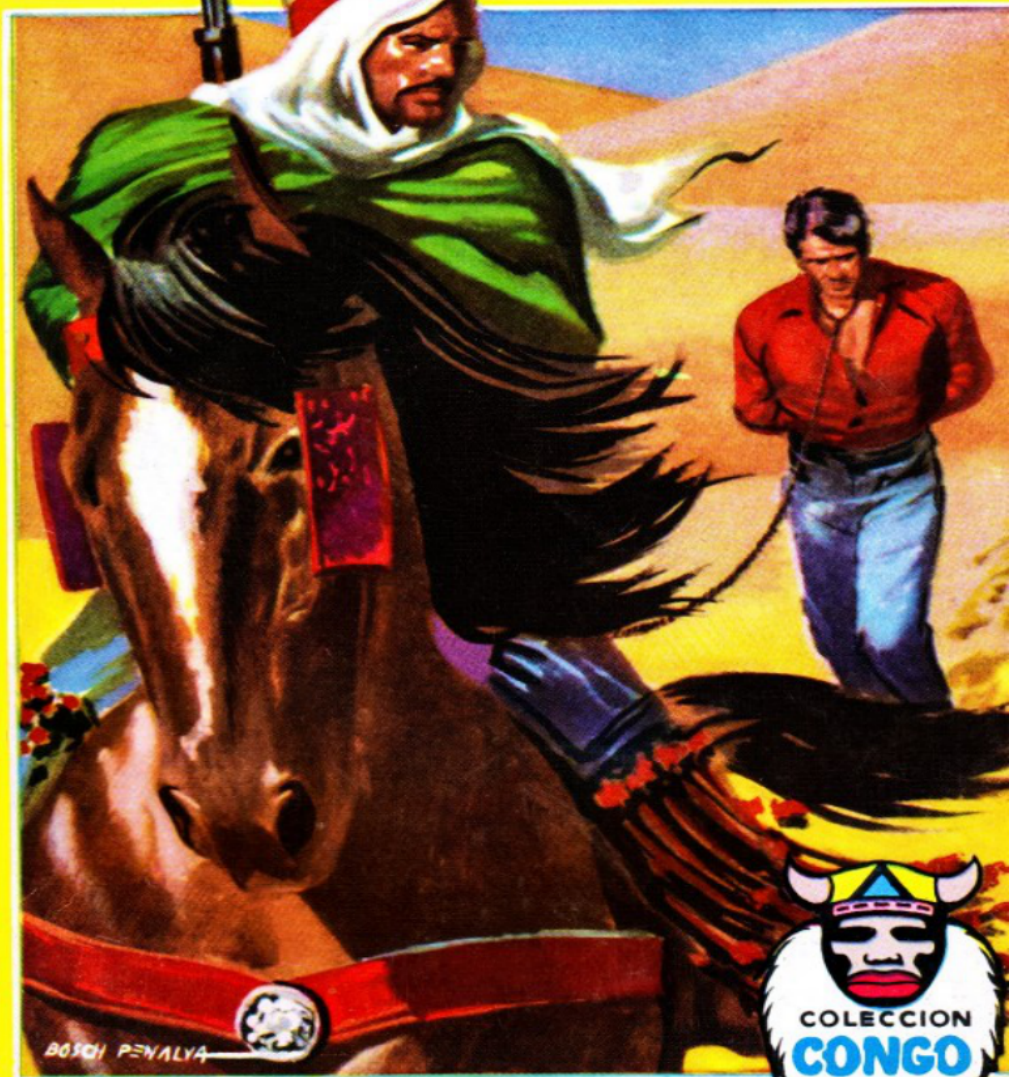


REVUELTA EN EL SUDAN

Keith Luger



**¡La muerte avanza implacable
desde los límites del Africa negra!**

REVUELTA EN SUDAN

KEITH LUGER

REVUELTA EN EL SUDAN

1.^a EDICIÓN
ENERO - 1956



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

359 — Los buitres del oro. 370 — Chusma sin Ley. 385 — El valle de las víboras. 413 — Un hombre llamado muerte.

En Colección BUFALO:

35 — A sangre y a fuego. 43 — El vengador. 54 — Vivo o muerto. 84 — Nido de ratas. 94 — El heredero. 97 — Una herencia difícil.

En Colección SERVICIO SECRETO:

167 — El pingüino asesino. 209 — El sindicato del crimen. 215 — El gas «Terror». 231 — La ciudad perversa. 248 — Trabajo peligroso.

En Colección PANTERA:

14 — La tierra de los espíritus. 25 — La espada llameante. 29 — La ley de los fuertes. 42 — La muerte oculta.

En Colección CONGO:

2 — Reguero de sangre. 7 — Trágico botín.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

El tren se detuvo resoplando en la estación de Juba, capital de Ecuatoria, la provincia meridional del Sudán.

Richard Winter, de veintisiete años de edad, uno setenta y ocho de talla, moreno, ojos negros, fuerte musculatura, saltó al andén vistiendo un traje tropical color marrón.

Dos hombres corrieron a su encuentro. Los dos frisaban en la edad de Winter. Eran Tom Sherman y Robert Kim.

Sherman, con rostro de boxeador retirado, poseía un lunar bajo la oreja derecha. Kim era el de talla más baja de los tres. No pasaría del metro setenta y cinco. Ambos se cubrían con pantalón corto, camisa color caqui y gorra de plato.

Dick Winter, oficial del Ejército inglés, había sido nombrado dos años antes jefe de policía del distrito de Juba. Tom Sherman y Robert Kim pertenecieron a la policía militar del Canal de Suez hasta que este comenzó a ser evacuado por las tropas de Su Majestad. Entonces, la superioridad los envió a Juba en calidad de inspectores auxiliares de Winter.

Eran tres buenos camaradas.

—¡Que me maten, Dick! —exclamó Sherman al llegar con Kim al lado del viajero—. ¿Qué clase de vacaciones son las tuyas? Hace cinco días que te marchaste y ya estás aquí. Recibimos tu telegrama y no nos lo creíamos.

Winter estrechó las manos de sus compañeros y repuso:

—Será mejor que hablemos en la oficina.

Un mozo negro apareció por la puerta del vagón llevando una

maleta. Winter se la cogió y entregó una propina.

Poco después, los jóvenes subían a un «jeep» y en tres minutos llegaron ante un edificio de la calle principal de Juba que ostentaba sobre la fachada un cartel que decía: «Policía del Gobierno General del Sudán».

Un soldado indígena que hacía guardia en la puerta con un fusil al hombro saludó militarmente al paso de los europeos. Estos se introdujeron en una amplia habitación de cuyo techo pendía un gran ventilador en movimiento.

Dick dejó la maleta en el suelo y se sentó en un sillón bajo la mirada expectante de Kim y Sherman. Hubo un silencio.

—¿Qué estás esperando para desembuchar? —inquirió Kim con impaciencia.

Dick miró de hito en hito a sus compañeros y retrucó:

—¿Y si remojase primero la garganta? Nos cogió por el camino una tempestad de arena...

Sherman se acercó a un pequeño armario sobre cuyas puertas aparecía dibujada una gran cruz roja y un letrero: «Botiquín», Extrajo una botella de *whisky* del interior y escanció en los vasos que Kim había preparado entretanto.

Bebieren un trago.

Dick chasqueó la lengua y murmuró:

—¿Os he dicho alguna vez que las egipcias poseen las mejores cinturas del Universo?...

—¡Al infierno! —barbotó Kim—. ¡Suéltalo ya o te la prometemos gorda!

Winter sonrió replicando:

—Está bien, muchachos. Ahí va. El partido unionista del Sudán va a expulsar de su seno a Ismail el Azhari. La noticia se hará pública en Jartum esta tarde.

—¡No! —exclamó Sherman.

—Así es, amigos.

—Pero él es el jefe del Gobierno, la más relevante personalidad de los unionistas.

Winter asintió con la cabeza diciendo:

—Es cierto, pero algunos gerifaltes se han apartado de la consigna del partido. Todo el mundo sabe que este pretende unir el Sudán con Egipto. Más, desde hace algún tiempo, El Azhari ha establecido contacto con los separatistas, especialmente con el partido Umma.

—¿Es posible? —rezongó Kim—. ¿Cómo no nos han puesto al corriente?

—Cosas de las alturas, muchachos. El Mayor Robson lo sabía desde hace unas semanas, pero el gobierno le dio orden de no difundirlo. Le hice la visita de rigor en Jartum para que me diese el oficio de mis vacaciones antes de partir para Inglaterra y lo que me ordenó fue reincorporarme inmediatamente a mi puesto.

—¿Por qué? —inquirió Sherman—. Juba está lejos de Jartum. ¿Qué tenemos que ver con las politiquerías de la capital?

—¿De veras no os lo suponéis? —repuso Winter. Y al no recibir una respuesta, se levantó y acercóse a un gran mapa del Sudán que cubría la pared.

Cogió una regla que había en una mesa y aplicóla en la parte meridional de la carta geográfica.

—Aquí las tenemos —declaró—. Tres hermosas provincias del Sudán. El mejor terreno del país cuando se realicen los planes hidráulicos que se están acometiendo. Ecuatoria, Alto Nilo y Bahr el Ghazal. Dentro de unos años estas tres provincias se bastarán para alimentar a todos los sudaneses. Incluso les sobrarán artículos para exportar a Egipto, Etiopía, Uganda o cualquier otro país...

—Estupenda disertación, señor profesor —comentó irónico, Kim—. ¿Y qué más?

—Os haré una pregunta. ¿Qué pasaría si Ecuatoria, Alto Nilo y Bahr el Ghazal se separasen de sus provincias hermanas?

Sherman y Kim fruncieron el entrecejo.

—¿Es eso? —preguntó Sherman—. ¿A quién se le ha podido ocurrir una cosa semejante? Siempre he dicho que el Mayor Robson empezaba a chochear...

—No, Tom —contestó Dick—. Esta vez va en serio.

Hubo otra larga pausa.

—Supongo que podrás probarlo —arguyó Kim—. Me he vuelto muy escéptico desde que estoy encerrado en este infierno.

—Existen indicios.

—¡Al cuerno con los indicios! ¡Queremos pruebas!

—¿Y vosotros sois policías coloniales?

—No lo somos por nuestro gusto y tú lo sabes —intervino Sherman—. Nos dijeron que o nos quedábamos aquí o nos pasaban a reserva. Un regalito de nuestro ministro de Colonias.

—¡No habría ocurrido si en Downing Street hubiese estado Churchill en lugar de Attlee!... —exclamó Kim.

Winter dio un manotazo en el aire.

—¡Dejemos eso, muchachos! La realidad es que estamos aquí y que somos responsables de lo que pueda ocurrir en Ecuatoria...

—¿Piensas que va a ocurrir algo? —interrogó Sherman—.

Veamos esos indicios.

—En nuestra provincia viven las tribus más levantiscas del Sudán. ¡Lo sabéis tan bien como yo! Los nian-nian, nyamusa, dinkas, nuers, abial-dinkas, nubas y unas cuantas docenas más de pueblos...

Kim soltó de pronto una carcajada.

—¿De qué te ríes? —inquirió Winter.

—¿Qué pueden hacer esas gentes con sus lanzas, arcos y flechas?

—¿Y si fuesen armados?

—¡Tonterías!

—¿Y si lo estuviesen ya?

Sherman se puso en jarras.

—¿Qué te hace suponer eso, Dick? En nuestros viajes de inspección no hemos observado nada de particular. Las tribus siguen viviendo pacíficamente. Estos no son los tiempos de Lord Kitchener¹.

—Es sencillo, amigos. La rebelión no la empezarían las tribus, sino el Ejército. En él están alistadas gentes de todas las tribus... ¡y tienen armas!... Desde Torit han comunicado a Jartum que hace una semana desaparecieron del cuartel doscientos fusiles y varios miles de cartuchos...

—¿Cómo no lo hemos sabido nosotros? —preguntó Kim.

—¡Es cosa del Ejército! De todas formas, nos lo iban a comunicar cuando yo me presenté en Jartum...

—¿Y qué quieren que hagamos? —rezongó Sherman—. ¿Qué busquemos el paradero de esas armas?

—No, un agente del Servicio de Información se ocupa de eso. Nosotros hemos de limitarnos a cumplir nuestro cometido.

—Magnífico; inspección de tribus —adelantó Kim.

Winter sonrió aplicando de nuevo la regla sobre el mapa.

—Saldrás mañana al amanecer, Kim.

—¡No, hombre!

—Harás la ruta Gondokoro, Torit y Tarangole.

—¡Si mañana se celebra el baile del aniversario! ¡Estamos todo el año esperando llegue ese día...!

—Lo siento, Robert. Pero son las órdenes.

—Lo tengo bien merecido por no haberme largado a tiempo.

—Preocúpate especialmente de examinar las chozas de los nuba. Apuesto a que, si se arma algo, serán los primeros en colocarse a la vanguardia...

En aquel instante llamaron a la puerta y, después que Winter autorizó la entrada, apareció un soldado.

—¿Qué quieres, Bolo? —preguntó Dick.

—Un dinka quiere verle. Dice que es urgente.

—De acuerdo, dile que pase.

Era un dinka puro, de cerca de dos metros de estatura, largo y huesudo. Se cubría con un manto cuya blancura contrastaba con el color negro de su piel. Al entrar miró con intranquilidad a Sherman y Kim.

—¿De qué se trata? —le preguntó Winter—. Puedes hablar.

—Rungun hacer denuncia a Kardaga.

Dick miró atentamente al indígena y dio un suspiro:

—Ponte a la máquina, Kim.

Robert obedeció. Colocó un papel impreso en el rodillo y levantó la mirada diciendo a Rungun:

—Puedes empezar.

—Mi mujer se fue con otro esta noche.

—¿Cómo se llama tu mujer?

—Tana.

Kim empezó a teclear rápidamente.

—¿Y el otro? ¿es también dinka?

—Sí, Kardaga.

—¿Qué te dio el padre de tu mujer como dote?

—Diez vacas y seis lanzas.

—¿No sabes a dónde huyeron?

—No, Kardaga.

—¿Qué castigo quieres que se imponga a los adúlteros?

—Quiero que mi mujer vuelva conmigo y que el otro me pague el daño con seis vacas.

Kim terminó de rellenar el impreso, lo sacó de la máquina y acercó un tampón al denunciante, indicando:

—Aprieta el dedo gordo en la almohadilla y ponlo en el papel, aquí debajo.

Rungun hizo lo que le pedían.

Winter y Sherman bebían el *whisky* de sus vasos, un poco alejados de la mesa en que trabajaba Kim.

El dinka inclinó la cabeza a manera de saludo, y Robert le advirtió:

—Pásate por aquí dentro de dos días. Tendrás tu mujer y tus seis vacas si Tana y su amigo no han huido lejos.

Rungun se dirigió a la puerta para salir. De pronto dio un aullido y se volvió sacando un largo cuchillo que llevaba bajo el manto. Sus ojos desorbitados se fijaron en Winter y abalanzóse sobre él con el brazo levantado.

Dick retrocedió un paso, sacó la pistola del cinturón y apretó el gatillo cuando el brazo del dinka se abatía sobre él.

Sonó un seco estampido, y Rungun se desplomó de bruces, quedando exánime en el suelo.

Kim, con la denuncia todavía en la mano, dio un bufido. Sherman dejó caer el vaso, haciéndose añicos.

Winter se agachó, comprobando que el llamado Rungun estaba muerto. La puerta se abrió de golpe, y en el hueco apareció Bolo, quien se quedó asombrado viendo el cadáver del dinka.

—¿Lo conocías, Bolo? —inquirió Dick, incorporándose tras registrar infructuosamente al muerto.

—No, teniente. Pero vino ayer preguntando por usted.

—¿Ayer? —rezongó Kim—. Su mujer se escapó esta noche...

—Lo cual prueba que la historia no era cierta —dedujo Winter.

Sherman emitió un silbido.

—¡Vino a matarte, Dick...!

—Maravillosa conclusión. ¿Y cuántas veces ha ocurrido esto desde que estamos en el Sudán?

—Es la primera.

Dick enarcó las cejas.

—¿Queréis más pruebas, muchachos? Ahora quedaréis convencidos de que nuestro inefable Mayor Robson no chochea...

Bolo carraspeó y manifestó:

—Teniente, cuando ayer vino el dinka y le dije que usted no estaba, se marchó y, un poco más allá de la calle, se unió al señor Craig...

—¿Craig? —saltó Dick—. ¿Frank Craig?

—Sí, señor. El cazador.

—Cazador, ¿eh? ¡Tráemelo ahora mismo, Tom!

Sherman apretó los dientes.

—Será un placer.

—¡No le pongas la mano encima! —le advirtió Winter.

—¡Pero hombre...!

—¡Es una orden! —atajó Dick.

Tom asintió saliendo de la habitación.

Entre Kim y Bolo sacaron el cadáver, en tanto Richard se servía otra ración de *whisky*.

Al poco rato se abrió la puerta y entró Tom.

—Está ahí fuera —anunció—. No me gusta su cara.

—Dile que pase y quédate fuera.

—¿No será mejor...? —ante la severa mirada de su superior dejó la pregunta sin terminar y salió.

Frank Craig frisaba en los cuarenta años y era de mediana estatura, robusto, de fuerte complexión. Cuando penetró en la estancia, con la barba descuidada, se quedó mirando con sus ojillos claros, vivaces, a Richard.

—¿Qué hay, teniente? Me habían dicho que estaba de vacaciones.

—A última hora pensé que me aburriría mucho en Inglaterra.

Craig soltó una risotada.

—Eso es lo que les pasa a todos los que llevan uniforme. Terminan por hacerse al ambiente y les resulta duro alejarse de él.

—¿Y usted, Craig? Hace mucho tiempo que no le veía por Juba.

—Tres meses exactamente.

—¿En qué ha estado ocupado?

Craig se rascó la descuidada barba.

—¿Es esto un interrogatorio oficial, teniente?

—No, claro que no.

—Entonces le contestaré. Estuve cazando elefantes por los pantanos de Egadang.

—Si mal no recuerdo le fue denegado el permiso.

—Usted me lo denegó, pero me lo autorizaron en Uganda. Yo siempre, consigo lo que quiero.

Había un aire de desafío en la voz de Craig.

Dick examinó atentamente el rostro de su interlocutor y preguntóle:

—¿Conoce a un dinka llamado Rungun?

El cazador arrugó la frente.

—¿Ha dicho Rungun?

—Ha trabajado conmigo en la última cacería. Un gran tipo. Es el mejor ojeador que he conocido...

—Lo era.

—¿Qué quiere decir?

—Lo he matado hace pocos minutos.

—¿Usted, teniente?

—Intentó asesinarme con este cuchillo —Dick mostró el arma con que el dinka había atentado contra él.

—No lo puedo creer —murmuró Craig.

—¡Déjese de pamplinas, Frank! Estoy seguro de que usted conocía perfectamente cuáles eran las intenciones que le impulsaban a hacerme la visita...

—¿Quiere decir que yo sabía que Rungun venía a matarle?

—¡Eso mismo!

—Pero teniente... Eso no es posible. Usted sabe la devoción que

le profeso.

—¡Escuche bien, Craig! Sé qué clase de tipo es usted. ¡Un aventurero sin escrúpulos para quien la vida de estos indígenas no cuenta nada! ¡Es responsable de infinidad de delitos!

—Cite alguno.

—¡Les ha vendido armas, *whisky*, ginebra, hasta opio!... Usted ha corrompido a centenares de estos pobres negros... ¡Los ha vendido como esclavos a los traficantes de la costa!... ¡Ha pasado como amigo de ellos para luego traicionarlos ignominiosamente...!

—¡No le consiento que me hable así, teniente! —gritó Craig, pegando un puñetazo en la mesa cercana—. ¡Intente probar algo contra mí!

—Confieso que es usted astuto, pero no olvide que si yo no le he metido mano ha sido porque se ha guardado bien de cometer sus tropelías en mi jurisdicción. ¡Intente uno de sus sucios actos en Ecuatoria y lo envío a la cárcel por el resto de sus días!

Sobrevino una larga pausa. Los dos hombres se miraban con fijeza, retadoramente. Los labios de Craig se distendieron en una sonrisa.

—¿Para eso quería hablarme, teniente?

—Para advertirle que Rungun falló el golpe y que si continúa jugando con fuego le haré saltar por el aire.

El cazador giró sobre sus talones y se encaminó a la salida. Con la mano en el pomo de la puerta se volvió y, sin dejar de sonreír, replicó:

—¿Y si fuese usted quien estuviese sentado sobre un barril de pólvora, teniente?

Luego salió sin esperar una respuesta.

Tom Sherman entró en el despacho rezongando:

—Eso es lo malo que tienes, Dick. Te sujetas demasiado a las ordenanzas. ¿Por qué no me has dejado diez minutos a solas con Craig? ¡Le hubiera enseñado unos cuantos trucos...!

Kim apareció detrás con el rostro iluminado.

—Eh, Dick... Hay una persona que pregunta por ti... Winter dio un respingo.

—¿Otro asesino pagado por Craig?

Kim repuso:

—Ya quisiera encontrarme un asesino así. Es una mujer, Dick. Americana.

—¿Una americana en Juba?

—Dice que se llama Anne Granger. ¡Qué bombón!

—Que pase.

Kim se volvió e hizo una seña hacia la otra habitación. Se oyó un taconeo y segundos después penetró en el despacho una joven de unos veintidós o veintitrés años.

Winter y Sherman se la quedaron mirando extasiados.

Era en realidad como había anunciado Kim, una mujer de escalofriante hermosura.

Cubríase con un vestido de hilo blanco. Dos botones despasados daban lugar a un escote triangular que mostraba el incipiente seno.

—¿El jefe de ustedes? —inquirió la hermosa con un delicioso mohín, mientras observaba de hito en hito a los sorprendidos Sherman y Winter.

CAPÍTULO II

Dick carraspeó fuertemente y declaró:

—Yo soy, señorita Granger. Teniente Richard Winter, para servirla.

—Gracias.

—¿Quiere sentarse? —invitó él con voz seca.

Kim y Sherman corrieron para ofrecerle una silla a la hembra, y esta los obsequió con una sonrisa.

Winter se sentó tras la mesa y dijo:

—Señor Kim, vaya a inspeccionar el rancho de los soldados...

—¿Cómo? —inquirió el aludido, haciendo una mueca de estupefacción.

—Ya lo ha oído. Y en cuanto a usted, Sherman, no estaría de más que vigilase los movimientos del cazador...

—Daré orden de que le sigan como la sombra al cuerpo.

—Es usted quien deba hacerlo, señor Sherman.

Tom dirigió una mirada furibunda a Dick, pero terminó por irse mascullando una maldición.

—¿Y bien? —inquirió Winter cuando estuvo a solas con Anne Granger—. ¿En qué puedo serle útil?

La joven cruzó las piernas y repuso:

—Verá, teniente. El caso es que me encuentro en una situación un poco comprometida...

—Usted dirá.

—Es lo que yo le llamo meterse en el dique seco. Hace un mes me hallaba en París cuando conocí a un compatriota, Mack Verney, un hombre muy divertido. Petróleo, ranchos, empresas mineras... Un producto típico de nuestro país. Me ofreció un puesto de secretaria. Se proponía venir a África para escribir un libro sobre caza mayor. El sueldo que me ofrecía no era nada despreciable y acepté. Todo fue bien al principio. El señor Verney extremaba su gentileza conmigo. Hasta que un día bebió un poco más de la cuenta, y se creyó con derecho a solicitar algo que no habíamos pactado... En fin, ¿para qué alargar más el relato? Ha seguido insistiendo y yo le he plantado en cuanto he tenido oportunidad...

—¿Dónde fue eso?

—En Meridi.

—¿Y ha venido sola hasta aquí?

—Un cazador profesional que iba con nosotros me dijo que se podía ir desde Juba hasta El Cairo sobre un tronco flotante.

—Es posible, pero me temo que no sería muy cómodo para usted.

—Yo también lo supuse al ver el río y pensé que Usted... quiero decir que alguna autoridad de aquí podría hacerme un préstamo para realizar el viaje. Devolvería el dinero desde El Cairo.

—¿Tiene algún conocido allí?

—Sí, una amiga casada con un alto funcionario.

Dick sacó un paquete de cigarrillos y ofreció a su visitante.

Tras encender ambos, él preguntó:

—¿Quiere utilizar el ferrocarril?

—No; deseo hacer el viaje por el río.

—Tendrá que esperar al vapor correo de pasado mañana. Solo sale los días alternos, a las nueve. ¿Se aloja en algún sitio?

—No, acabo de llegar.

—¿Cómo ha hecho el viaje hasta Juba?

—Poco después de salir de Meridi me encontré con unos indígenas que traían a Juba un rebaño de vacas —Anne hizo una pausa componiendo un gesto de dolor—: Prometo no volver a utilizar semejante medio de locomoción...

Dick rio poniéndose en pie.

—Tampoco tendrá equipaje.

—El último ataque del señor Verney fue tan peligroso que me vi obligada a abandonar una docena de vestidos y todo lo demás.

Winter sacó un fajo de billetes del bolsillo y separó unos cuantos que le alargó.

—Ahí tiene un pequeño adelanto.

—No lo puedo permitir. Solo quiero el importe del pasaje hasta El Cairo.

—Ya lo devolverá todo cuando esté allí. Tendrá que comprarse algún vestido. Ordenaré a un policía que la acompañe al único hotel de la localidad. Cerca de él hay una tienda donde puede adquirir lo que necesite.

Anne recogió el dinero y se incorporó.

—Gracias, señor Winter.

Dick abrió la puerta y llamó:

—¡Dongo!

Un soldado apareció al instante, el cual recibió la orden de acompañar a la señorita.

Anne se despidió de Dick alargándole la mano. Él se la estrechó diciendo:

—Mañana le enviaré al hotel el pasaje.

La siguió con la mirada hasta que salió por la puerta de la calle, y luego regresó ante la mesa.

Estaba relejendo los informes de la inspección de tribus referentes al mes anterior, cuando volvió Kim.

—¿Qué tal esa comida, Robert? —le preguntó.

—Inventa otra excusa cuando quieras quedarte a solas con una dama, Dick. Ya sabes que me quita el apetito ver el rancho. ¿Qué es lo que quería esa mujer?

—Lo que todas, dinero.

—¡No! Estoy dispuesto a romper la hucha para pasar tres horas con ella.

—No es de esa clase. Un tipo la contrató como secretaria para una cacería, y ella huyó cuando se puso pesado.

—A lo mejor no era su tipo.

—Únicamente quiere llegar a El Cairo. Puedes probar tu suerte. Se alojará en el hotel hasta pasado mañana.

—¡Puedes apostar a que lo intentaré!

Sherman irrumpió en la estancia como un vendaval preguntando:

—¿Dónde está?

—¿Quién? —preguntó Dick.

—Blancanieves.

—¿Qué os pasa, muchachos? ¿Es que no habéis visto nunca una mujer?

—Como esta nunca. Lo juro.

—Creo que vas a tener un competidor, Kim.

—Pero tú habrás hecho lo necesario para apropiártela —rezongó Sherman—. ¿No nos has quitado de en medio para ello?

Dick sonrió.

—Nada de eso. No soy beligerante en esa batalla. Tenéis el campo libre.

—Me huele mal ese sacrificio. ¿Por qué?

—¿Quieres saberlo? Bien, te lo diré. Esa mujer es pura dinamita. Se va pasado mañana. ¿Para qué arriesgarse a que te sorba el seso? Luego te parecería esto peor infierno que nunca... No, muchachos. Y haríais bien en pensarlo serenamente antes de arrimaros a su piel.

—¡Al cuerno! —exclamó Sherman—. Es lo que digo yo... Toma lo que te ofrezca el destino y riéte de lo demás.

—Hace falta saber si el destino te la ofrece, Tom.

De pronto Kim lanzó una maldición.

—¿Qué te ocurre? —inquirió Winter.

—¿Que qué me ocurre? Mañana he de largarme a hacer esa inspección que me ordenaste... Oye, Dick, ¿no se podría aplazar hasta pasado?...

—Lo siento, muchacho. Recibí órdenes muy severas del Mayor Robson, y en cualquier instante puede presentarse aquí.

—¡Es mi perra suerte! —gimió Kim, dejándose caer en la silla.

Sherman empezó a silbar la canción «Soy un tipo afortunado» y dirigióse a la puerta. Antes de salir dijo

—Creo que me bañaré antes de ir al hotel. Hasta luego, amigos.

CAPÍTULO III

Eran las ocho de la tarde. Ya había anochecido. Winter y Kim se hallaban revisando el itinerario que había de seguir el segundo en el viaje de inspección del día siguiente.

—Harás bien en tomar toda clase de precauciones, Bob —decía Dick.

—Pienso que exageras un poco.

—Esto va a ser duro. Ojalá me equivoque, pero tendrás que demostrármelo. Me da mala espina que Frank Craig haya vuelto por aquí.

—Vino a liquidarte. Eso está claro.

—¿Por qué precisamente ahora? Hay algo más detrás.

—Nunca le fuiste simpático y puede que haya aprovechado un rato libre para desembarazarse de ti.

Dick meneó la cabeza en sentido negativo.

—Es el principio de lo que se teme en Jartum.

—Ya verás cómo esos políticos y el gobernador se equivocan. Esta provincia es una balsa de aceite. Volveré pasado mañana a tiempo de echarle la última ojeada a la diosa.

La puerta se abrió, y en el umbral apareció Sherman cubriéndose el ojo izquierdo con la mano.

—¿Qué es eso? —preguntaron a la vez Winter y Kim.

El recién llegado retiró la mano, y un filete de carne, mostrando el ojo intensamente morado.

—Lo puedo jurar —declaró con tristeza—. Pura dinamita.

Sus dos compañeros soltaron una gran carcajada.

Sherman se dejó caer en un sillón y volvió el trozo de carne al ojo.

—Ya te lo advertí —dijo Winter—. Podías haberme hecho caso...

—¿Quién lo iba a suponer? —repuso Tom—. Por su aspecto parece que le guste la jarana. Después de todo, yo estaba franco de servicio.

—Nunca tendrás la cabeza en su sitio —concluyó Dick.

—A propósito, muchacho. Han llegado otros viajeros al hotel.

—¿Quiénes?

—Una mujer y tres hombres. La dama está casi tan bien como esa Anne Granger. ¿No será que en Juba van a elegir *Miss Universo*?

—Eso puede crearnos más problemas —comentó Winter

pensativamente.

—¿Por qué?

—Si el asunto se pone feo, seremos responsables de sus vidas. ¿Para qué demonios habrán venido? ¿Te enteraste de quiénes son?

—Anne Granger no me dio tiempo a ojear el libro registro.

Dick se incorporó.

—En tal caso me daré una vuelta por allí. Échale una mano a Bob, Tom.

—¿Tú crees que estoy para ayudar a alguien? ¡Maldita sea!

Minutos más tarde, Dick Winter penetraba en el hotel. Iba derecho al «comptoir» cuando descubrió a Anne Granger sentada ante una mesa, al fondo, y se dirigió hacia ella.

—Buenas noches, señorita Granger.

La joven levantó la mirada, y al ver al oficial sonrió levemente.

—¿Viene a probar suerte como su amigo?

—¡Solamente a excusarlo! ¿Puedo sentarme?

—Hágalo.

Dick se sentó y cruzó los brazos sobre el velador, mirando atentamente a la dama.

—Sherman es demasiado impulsivo —explicó.

—Pues ya va siendo algo mayorcito, ¿no le parece?

Winter sonrió.

—Debe tener en cuenta que en Juba no se tiene todos los días oportunidad de ver una mujer de nuestro color.

—¿Y cómo pasa las vacaciones su amigo? ¿Metido en una jaula?

—Entonces opera sobre seguro —un mozo se acercó a la mesa, y Dick inquirió—: ¿Quiere tomar algo, señorita Granger?

—Sí, un *whisky*.

—Pues traiga dos, camarero.

Mientras el indígena iba a cumplimentar el servicio, encendieron cigarrillos del paquete que Winter sacó del bolsillo.

—¿Acaso es usted casado, teniente? —preguntó, de pronto, Anne.

—No. Pero debo dar ejemplo a mis hombres.

—Un sublime sacrificio.

En ese instante oyeron ruido de pasos procedentes de la escalera que ascendía al único piso del hotel. Voces varoniles se mezclaban con la risa cantarina de una mujer.

Poco después apareció el grupo. Dick quedó inmóvil con el ceño fruncido.

—¿La conoce? —oyó Dick que le preguntaba Anne.

—Sí —contestó, volviendo la mirada a su invitada—. Es muy

hermosa. Un nuevo atractivo para, su amigo Sherman.

—Usted le ha quitado las ganas de repetir—. Winter apretó la punta encendida del cigarrillo sobre el cenicero.

El mozo dejó los vasos con *whisky* en la mesa y se fue.

De súbito una voz resonó cerca del policía.

—¡Richard Winter...!

Dick se incorporó. Delante de él estaban los tres hombres y la mujer. El que había pronunciado su nombre era Dereck Parker, antiguo compañero de la Universidad. A su lado se hallaba Rosalie, la esposa de Dereck. Más encantadora que nunca. Lo estaba mirando a él, Winter, con sus bellos ojos profundamente azules.

—¡Dick! —exclamó la bella.

—¿Qué tal estáis? —inquirió el policía.

Se estrecharen la mano, y Dick sintió la suave tibieza de la piel de la mujer de Parker.

Luego él presentó a Anne Granger, y Dereck dio los nombres de quienes le acompañaban. Uno era James Singleton, secretario de la Johnson Company y el otro Marcelo Lualdi, un ingeniero de minas italiano.

Rosalie era un fruto en sazón. Había cumplido los veintiséis años. Morena, de estatura regular, su cuerpo constituía un conjunto armonioso y su rostro era angelical.

Se sentaron todos y pidieron más bebida.

—Jamás podía haber imaginado que te encontraríamos aquí, Winter —dijo Dereck—. ¿Cómo diablos se te ha ocurrido enterrarte en esta tumba?

—A mí me gusta —repuso Dick—. Todo es cuestión de acostumbrarse. Llevo algunos años al frente de la policía local.

Rosalie miró rápidamente a Anne y comentó:

—Al fin y al cabo, se pueden encontrar diversiones aquí también. Winter intervino para ayudar a la joven.

—La señorita Granger llegó esta mañana y se irá dentro de dos días.

—¿Quieres decir que está sola? —inquirió Rosalie.

—Lo prefiero a las malas compañías —contestó Anne, irónicamente.

—¿Y a ti, Dereck? —preguntó Dick para aliviar la tensión creada por las dos mujeres—. ¿Qué te trae por aquí?

—Soy el presidente de la Johnson Company. Hemos adquirido ciertos terrenos auríferos en las inmediaciones de Torit, adonde nos dirigimos para que Lualdi pueda analizarlos.

—¿Os dieron el permiso en Jartum?

—Fue en El Cairo. Fleté un avión allí y solo nos detuvimos en el aeropuerto de Jartum para repostar. ¿Por qué lo preguntas?

—¿No has oído que es el jefe de la policía? —murmuró Rosalie.

—Sería mejor que permanecieseis unos días en Juba —indicó Dick.

—¿Por qué razón?

Winter tardó en contestar unos cuantos segundos.

—Hemos recibido un parte meteorológico de Uganda. Se está fraguando una gran tempestad que avanzará hacia el Norte.

—No podemos demorar el viaje, porque nos haga mal tiempo —expuso Singleton—. ¿No es cierto, señor Parker?

Dereck se mantuvo unos instantes pensativo, y luego repuso:

—Desde luego que no.

—Pues lo que es yo, no tengo ganas de mojarme —objetó Rosalie.

—Está bien —dijo Dereck—. Nos quedaremos los dos en Juba. Pueden ir solos Singleton y Lualdi a Torit.

—De ninguna manera, querido —retrucó su esposa—. Tú eres el presidente y tienes la obligación de ir. Esperaré tu regreso en este hotel.

—¿No se te hará muy aburrido?

—Sabré resistirlo.

El camarero dejó una botella de *whisky* y cuatro vasos sobre la mesa. Anne se levantó, diciendo:

—Voy a dar un paseo. Hasta luego.

Dick se apresuró a ponerse en pie, excusándose.

—Encantado de verles por aquí.

Echó a andar tras Anne y salieron a la calle.

—¿No cree que se le van a complicar las cosas, señor Winter? —preguntó la joven, echando a andar hacia el Sur.

—¿Cómo ha llegado a tal conclusión?

—Una mujer conoce perfectamente lo que esconde otra mujer. ¿Por qué se casó Rosalie con Dereck, si está enamorada de usted?

—Me halaga, señorita Granger.

—¿No se ha dado cuenta de las miradas que me ha dirigido? Hubiera querido fulminarme. Ha visto en mí una rival.

—Posee usted una imaginación volcánica.

—Les ha mentado usted respecto a esa tempestad.

—¿También sabe eso?

—La vida me ha enseñado a pensar por mi cuenta.

—Supongamos que lo he hecho para dar oportunidad a que Rosalie se quede sola.

—Me decepcionaría, señor Winter. No existiría ninguna diferencia entre los métodos de Sherman y los de usted.

Dick se detuvo, asiéndola de un brazo. Por unos instantes se mantuvieron en silencio, mirándose fijamente a los ojos. El inquirió:

—¿En qué se funda para creer que soy un hombre fiel, honesto y lo demás? Apenas me conoce. Y no me vuelva a repetir lo de sus enseñanzas. Yo también he corrido algún mundo.

Anne sonrió.

—Digamos que es una corazonada. ¿Por qué no me cuenta esa historia de Rosalie y usted?

—No puedo explicarle nada. Usted se irá pasado mañana y dentro de unos días habrá olvidado Juba y todo cuanto con ella se relaciona. A lo sumo, recordará que cierta vez un oficial de policía la sacó momentáneamente de un apuro.

—Mi capacidad para recordar es asombrosa, señor Winter. Los que me conocen lo achacan a un exceso de sentimentalismo. ¿Continuamos nuestro paseo?

Siguieron andando. La noche era cálida, y en el firmamento refulgían miríadas de estrellas. Hasta ellos llegaban el croar de las ranas en el río cercano, y los graznidos de las aves nocturnas.

De pronto, un silbido rasgó el aire. Winter miró con rapidez al rincón de donde aquel procedía. Vio salir tres mantos blancos de la oscuridad reinante entre dos casas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Anne.

—¡Apártese! —gritó él al tiempo que giraba la cabeza para contemplar a otros dos enemigos que se le echaban encima por detrás.

Sabía que no tenía tiempo de sacar la pistola, y lanzó sus puños hacia adelante. El derecho chocó contra un pómulo y el izquierdo se perdió en el vacío.

Un hombre rodó por tierra.

Anne retrocedió unos pasos, y quedó inmóvil, observando la inquietante escena con ojos horrorizados.

Las tres sombras que habían salido del pasadizo cayeron sobre Winter. Las hojas de los cuchillos brillaron siniestramente a la luz plateada de la luna.

Dick se movió como una centella para no ofrecer un blanco fijo a los asesinos, y consiguió conectar un terrible directo en la mandíbula de uno de ellos, el cual se desplomó pesadamente en tierra. Luego aprisionó la muñeca de otro y puso en práctica una llave de judo. Se oyó un chasquido de hueso roto, y el indígena cayó

dando gritos de dolor y rebotando como una pelota.

Entonces, Dick ganó la pelea. Los dos que quedaban de la banda echaron a correr despavoridos, desapareciendo tragados por las tinieblas.

Todo había sucedido en pocos segundos.

Dick inspiró a pleno pulmón, en tanto Anne corría a su lado.

—¡Al fin se ha salvado! —murmuró la joven.

—Creí que aquí terminaban mis aventuras —comentó el policía, sacando la pistola, al ver que los que estaban en el suelo empezaban a recobrar el conocimiento. Los reconoció como miembros de la tribu Nyamusa.

—¿Sabe por qué querían matarlo? —preguntó Anne.

—Al parecer me conceden más importancia de la que tengo. Hoy es la segunda vez que lo intentan.

—¿Y es usted capaz de vivir en este país?

—Antes de esta mañana jamás habían intentado contra mí nada, y he de advertirle que llevo muchos años en el Sudán —hizo una pausa y se dirigió a los indígenas en su dialecto—: ¡Poneos en pie...!

Los atacantes obedecieron.

—¿Qué va a hacer con ellos? —preguntó Anne.

—Los tendré unos cuantos días en la cárcel.

—¿Nada más?

—Ellos hacían su trabajo por unas monedas. La miseria los arrastra a tal situación.

—¿No les va a preguntar quién les ha pagado?

—Es inútil. No lo dirán aun cuando los despelleje vivos. Pero lo más probable es que no sepan nada.

—¿Por qué?

—Son nyamusas. Un hechicero, al que no conocerán por habérseles presentado bajo cualquier máscara, les habrá llenado la cabeza de maldiciones para el caso de que cayesen prisioneros. Otras veces he tenido ocasión de saber sobre esos exorcismos. Les han dicho que los espíritus del mal se adueñarán de ellos si comunican algo al hombre blanco... Será mejor que regresemos, Anne. ¡Vosotros, en camino hacia el puesto...!

Los indígenas abrieron la marcha bajo la mirada vigilante del policía.

Poco después llegaban a la puerta del hotel.

Dick tendió la mano a la joven para despedirse.

—Hasta mañana, Anne —dijo—. Espero que lo ocurrido no le quite el sueño.

—Dormiré como un tronco en tanto no aparezca en mi

subconsciente la imagen de Rosalie... —rio ella—. Buenas noches, señor Winter.

Dick prosiguió el camino con sus cautivos, y minutos más tarde penetraba tras ellos en el puesto.

Un soldado se encargó de encerrar bajo llave a los nyamusas y de facilitar un vendaje provisional al herido, hasta que al nuevo día pudiera ser examinado por un doctor.

Dick despertó a Sherman y Kim, y contóles lo que le acababa de ocurrir.

—¡Eso es más serio de lo que suponía! —exclamó Sherman.

—A partir de ahora hemos de abrir bien los ojos —advirtió Dick—. Doblaremos la guardia del puesto. Y en cuanto a ti, Kim, obrarías prudentemente sí, durante la inspección que has de realizar, llevaras la pistola en la mano...

—No te preocupes. Sabré cuidar bien mi persona.

—¿Por qué no detenemos a Frank Craig, Dick? —sugirió Sherman—. Estoy seguro de que él es quien mueve estas marionetas.

—No creo que sea él el jefe supremo. Además, carecemos de pruebas. Por ello he pensado largarle un poco más de cuerda para que se anime a dar la cara. Tengo el convencimiento de que tarde o temprano se colgará él mismo.

Tom se acarició la garganta, diciendo:

—Con tal de que no nos cuelguen a nosotros antes...

Dick soltó una risotada por toda respuesta, y salió de la habitación.



Por la mirada comprendió que su estado era grave

CAPÍTULO IV

El negrito alargó la carta a Dick Winter y este, después de rasgar el sobre, extrajo el papel manuscrito y leyó su contenido. Lo firmaba Rosalie y decía: «¿Puedes venir al hotel? Te espero en la terraza. Asunto urgente».

Despidió al mensajero con una propina, y mantuvo la carta entre las manos durante largo rato.

Kim había salido al amanecer al frente de veinte soldados para realizar la inspección, y ahora eran las ocho de la tarde. La ciudad permanecía tranquila, pero a Dick no le gustaba aquella paz. Sentía latente en la atmósfera una amenaza difícil de precisar. Era como si poseyese un sexto sentido que le anunciase la inminencia de graves acontecimientos.

Podía ver a Sherman a través de la ventana abierta. Se hallaba tendido en una hamaca, en el patio, entretenido en resolver un problema de palabras cruzadas.

Hacía calor. Todo el día el barómetro había indicado los cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco grados. Cuando acabase de ponerse el sol vendría la brisa del Sur y refrescaría.

Se levantó y acercóse a la ventana.

—¡Tom! —llamó con voz fuerte.

Sherman volvió la cabeza mirándolo y preguntó:

—¿Qué pasa, Dick?

—He de ausentarme por unos minutos.

—¿Vas a la fiesta?

—No; regresaré enseguida.

Sherman se encogió de hombros y púsose en pie.

Dick se cruzó con él en la puerta.

—¿Quién es ella, muchacho? —preguntó Tom.

—¡Vete al diablo!

Winter salió a la calle oyendo la carcajada de su subordinado.

La calle principal de Juba estaba muy animada. Banderitas de papel colgaban de los balcones. Se celebraba el cincuenta y siete aniversario de la conquista del Sudán por Lord Kitchener.

Dick caminó a prisa, y en poco tiempo llegó al hotel, pasando directamente a la terraza.

Vio a Rosalie de espaldas, apoyada en la balaustrada. La mujer, cuando él se acercaba, se volvió, y al instante su semblante pareció

iluminarse. Se cubría con una blusa blanca muy ceñida que contorneaba su hermoso busto y una falda plisada color marrón.

Winter se detuvo y permanecieron un rato en silencio, mirándose.

—Sabía que vendrías, Dick —murmuró ella con un mohín felino.

—No es por lo que tú crees, Rosalie.

—¿No?

—He querido venir para decirte que todo aquello acabó. Ahora las cosas están de otro modo.

La hembra sonrió con jactancia.

—Te engañas a ti mismo, Dick. Si eso fuese cierto no habrías acudido a la cita. Tú me quieres, Dick.

Winter tardó varios segundos en replicar.

—¿Y Dereck, Rosalie?

—Solo importamos nosotros dos. Él se ha ido esta mañana con Singleton y Lualdi.

—No lo preguntaba en ese sentido. Te casaste con él. Prometiste serle fiel hasta que la muerte os separe.

Las pupilas de la mujer relampaguearon.

—¿Es eso lo que te preocupa?

—Pudo ocurrir de otra forma —murmuró Dick.

—¡Está bien! Te engañé. Me casé con Dereck en lugar de hacerlo contigo. ¿Y qué? Él tenía el dinero. Es rico. Tú eras un iluso con muchas aspiraciones, pero sin una libra en el bolsillo. ¿Qué podía hacer yo? ¿Esperar a que te abrieses camino en el servicio colonial? Ya lo ves. ¿Qué has adelantado? ¿Piensas que me podría conformar con enterrarme en un lugar como este? ¡Ni siquiera sé cómo lo resistes! ¡Eres un muerto vivo! Pero no he dejado de pensar en ti. Continúo estando enamorada de ti, Dick Winter. Jamás ha habido otro que haya ocupado tu puesto en mi corazón.

—No deberíais hablar así. Es necesario que nos separemos, Rosalie.

Ella lo abofeteó rabiosamente.

Hubo un prolongado silencio.

Winter sonrió y dijo:

—Si eso te ha satisfecho, puedo ya marcharme.

—Ahora comprendo —murmuró de pronto ella con los dientes apretados.

—¿Qué es lo que comprendes?

—Es esa mujer, Anne Granger. ¿Cómo no lo he pensado antes?

—Estás en un error, querida. La conocí ayer. No significa nada para mí. Eres tan superficial que cuando alguien no hace tu

voluntad crees que está dominado por otra persona.

—Al fin te decides a insultarme...

—No se trata de eso, Rosalie. Acabo de ver claro. Te agradezco mucho esta cita. Es cierto cuanto has dicho. Me separé de ti en Londres queriéndote y todos estos años he mantenido despierto tu recuerdo. Pero hace un instante, al oírte hablar con ese cinismo de tu matrimonio, de tu marido, de mí... he comprendido que he estado ciego. Has hecho que caiga la venda de mis ojos. No eres buena, Rosalie. Lo siento por ti.

La hembra levantó la cabeza orgullosamente.

—¿Crees que me va a servir tu piedad? ¡Escucha esto, Dick Winter!... No ha habido ningún hombre que me rechazase si yo lo he querido. ¡Te arrepentirás de todo cuanto has dicho!... ¡Te lo prometo...!

Rosalie dio media vuelta y se alejó apresuradamente, desapareciendo en el interior del hotel.

Dick se quedó un rato pensativo. De súbito oyó unas palmadas, abajo, en el jardín.

Giró la cabeza y vio a Anne Granger junto a un rododendro.

—Ha sido una escena maravillosa —dijo la joven—. Podría apostar que la han ensayado con antelación.

—Ignoraba que fuese usted una espía —repuso Dick de mal humor.

Anne subió a la terraza por la escalera sin dejar de sonreír.

—Me encontraba ahí sentada casualmente. Cuando comenzaron a hablar estuve a punto de dejarme ver, pero pensé que usted debía llegar al final.

—¿Cree que era necesario?

—Completamente. ¿No se siente mejor ahora que se ha librado de su hechizo?

—No sé si me he portado bien con ella. Es posible que sea cierto lo de que me quiere.

—Sí, es posible. Como dentro de dos días podrá querer a un foxterrier.

—No es muy halagadora su comparación.

—Es una mujer acostumbrada a que hagan su capricho. Ella misma lo dijo. Jamás ha sido rechazada por un hombre. Usted es solo un número en su lista, señor Winter.

—Bah, ¿qué se puede esperar hoy día de una mujer?

—Todavía quedan por ahí cenicientas.

—¿Va a decir que es usted una de ellas?

—En absoluto —Anne hizo un gesto como si la hubieran

ofendido—. Salí de casa a los quince años.

—¿Para qué?

—Para trabajar.

Repentinamente sonaron pasos precipitados cerca de la puerta de la terraza y apareció un policía indígena respirando fatigosamente.

—¡Teniente Winter!

—¿Qué hay, muchacho? —preguntó el oficial.

—¡Acaban de llegar al cuartel los restos de la expedición!

—¿Qué dices!

—El señor Kim está herido. Solo han podido regresar él y otros dos soldados.

Dick hizo un saludo a Anne con la cabeza y salió con paso rápido de la terraza.

Minutos después se hallaba al lado de Kim, a quién habían colocado sobre la cama, en su dormitorio.

Sherman paseaba por la habitación como un león enjaulado.

—¡Esos puercos! —gritaba—. ¡Nos la van a pagar!

Dick se acercó al herido.

—¿Cómo ha sido eso, Bob?

Por la mirada que le dirigió, comprendió que su estado era grave.

—¿Dónde ha sido, Bob?

Kim sonrió levemente, respondiendo:

—Un simple rasguño.

—Le han pegado en un hombro —dijo Sherman—. Ha sufrido una gran hemorragia. El doctor llegará de un momento a otro.

—¿Fue una emboscada?

Bob asintió con la cabeza, murmurando:

—Una tribu mandari del Este. Nómadas. No nos dieron tiempo a defendernos. Atacaron cuando estábamos descansando a mitad de camino de Tarangole...

Un hombre que llevaba un maletín en la mano entró en la habitación. Era el doctor O'Hara, el cual, después de examinar la herida dictaminó:

—El proyectil salió después de hacer un gran destrozo, pero se salvará usted, señor Kim. No le vendrán mal unas vacaciones en Inglaterra...

Mientras hacía la cura, Dick hizo una señal con la cabeza a Sherman, y ambos salieron al exterior.

—He teleografiado a Jartum lo sucedido —notificó Sherman—. El Mayor Robson estará aquí en el tiempo que invierta en llegar su

avión.

—¿Y los dos soldados supervivientes?

—No han añadido nada a lo dicho por Kim. Los sorprendieron con todas las ventajas.

—Bien; ha empezado el baile. ¡Anula todos los permisos y ordena la incorporación de cuantos lo estén disfrutando!

CAPÍTULO V

El Mayor Michael Robson era un hombre de unos cincuenta años, con el cabello y el bigote completamente blancos, que por carácter más bien podía pertenecer a los viejos tiempos coloniales del Imperio Británico, cuando Lord Kitchener conquistaba el Sudán para la Corona de Su Majestad o Rudyard Kipling cantaba las hazañas de los hijos de Albión en la India.

Aquella noche de verano de 1955, pocos minutos después de desembarcar del avión que lo había traído a Juba desde Jartum, el Mayor Robson escuchaba atentamente el informe de Richard Winter, y cuando este hubo acabado, carraspeó fuerte para decir:

—La situación es comprometida, teniente Winter. Hay que proceder rápida y eficientemente. En el más breve plazo posible saldrá en persecución de los mandari. Lo supongo capacitado para comprender que debe desarmar a esa tribu sin derramamiento de sangre...

—Quizá sea difícil, señor.

—Tonterías, Winter. Haga un despliegue de sus fuerzas, y los indígenas, se le someterán.

—¿Y si se resistiesen?

Robson miró a Dick enarcando las cejas, como si no hubiese comprendido la pregunta, y repuso:

—Debe dejar la violencia para el caso extremo. No podemos hacer fuego contra la población ahora que está en juego la autonomía del Sudán. Una mala interpretación de nuestros actos significaría la unión definitiva de este país con Egipto. Incluso nos podría acarrear un serio disgusto con nuestro aliado, los Estados Unidos, y por consecuencia con la O.N.U. No, Winter. Ya ve que no puede fracasar. Desarme pacíficamente a los mandari y habrá cumplido con su deber.

—Sí, señor. ¿Me permite una pregunta, señor?

—Hágala, Winter.

—¿Debo limitarme a los mandari?

—No sé lo que quiere decir.

—Tal como han comenzado a desarrollarse los acontecimientos, señor, temo que los mandari no sean los únicos que posean armas. Por ello me permito solicitar su permiso para registrar otras tribus que encuentre en mi ruta.

—¿Sospecha de alguna tribu en particular?

—Sí, señor. Ha sido visto en Juba un cazador, Frank Craig, que repetidamente ha realizado contrabando de armas, aun cuando nunca se le ha podido probar nada.

—He oído hablar muchas veces de ese Craig, pero creí que estaba ahora en Uganda.

—Al parecer tiene ahora interés por el Sudán. Conoce todas las tribus del Sur, y hasta ha vivido con los nubas.

—Bien, Winter. Lo dejo a su juicio. ¿Cuánto tiempo cree que invertirá en la operación?

—Puede bastar con cuatro o cinco días. Iremos treinta hombres en ocho «jeeps».

En ese instante llamaron a la puerta, y Winter autorizó la entrada.

Sherman apareció en la puerta con el rostro pálido.

—¡Mayor Robson! —declaró roncamente—. ¡El Ejército se ha sublevado en Torit...!

Robson se levantó de un salto de la silla.

—¿Qué dice, Sherman? ¿Es que se ha vuelto usted loco?

—Hace un momento pasaba junto al despacho del telegrafista y me llamó. Estaban comunicando desde Torit. Decían que los soldados habían atacado a los oficiales nordistas, y que era cuestión de minutos el que se apoderasen del cuartel. Luego el telégrafo enmudeció...

El viejo militar se dejó caer en la silla como si le hubieran golpeado con un mazo.

—¡Dios sea con nosotros! —exclamó.

Winter se hizo cargo inmediatamente de la situación.

—Vuelve con el telegrafista, Tom —indicó a Sherman—. ¡Que no cese en sus esfuerzos por establecer contacto con Torit! ¡Y que establezca también comunicación con los demás puestos!... Yey, Mugí y Tarangole.

Tom salió corriendo a cumplimentar la orden.

—¿Cuáles son sus instrucciones, señor? —preguntó Winter a Robson.

—¿Qué cree que va a pasar ahora, teniente?

—Si los sublevados se hacen dueños de Torit, se les unirán las tribus de los alrededores. Luego es posible que dividan sus fuerzas para atacar al Norte y al Oeste simultáneamente. Necesitan el apoyo de los indígenas que viven en Bahr el Ghazal y Alto Nilo. Creo que contaremos con cuarenta y ocho horas para deshacer ese plan. Hay que impedir que las tribus del Sur hagan juramento de luchar hasta

la muerte con los sublevados en Torit. Sería la guerra santa, señor.

—Lo sé, Winter. ¿Qué se le ocurre para oponerse a ellos?

—Conozco a unos cuantos jefes de tribus. Algunos son buenos amigos míos, aunque también los hay que desearían verme muerto. He de entrevistarme con ellos inmediatamente, antes de que sea demasiado tarde.

—De acuerdo, teniente. Coja las fuerzas que necesite.

—Para este servicio necesito solamente un «jeep» y dos hombres.

—¿No se arriesgará demasiado?

—Es mejor que nos presentemos como amigos. Si le parece bien, quisiera salir ahora mismo con Sherman y Bolo, uno de mis mejores soldados.

—Hágalo cuando quiera. Daré aviso inmediatamente al Ejército.

—Quisiera pedirle un favor. Demore la notificación treinta minutos. El Ejército enviará enseguida a Torit una columna de socorro y podría estropear mi plan.

—Me pide algo imposible, Winter. Comprenda mi responsabilidad —Robson hizo una pausa, tamborileando con los dedos en la mesa y finalmente decidió:

—Está bien, pero recuérdelo... ¡ni un minuto más...!

Poco después, del puesto de policía salía un «jeep» conducido por Sherman. A su lado viajaba Winter y en el asiento trasero, Bolo, el nuer.

Al pasar frente al hotel, Dick indicó:

—Para un momento, Tom. Enseguida vuelvo.

Dick saltó del «jeep» y entró en el hotel. Llevaba en la mano un sobre que contenía el pasaje hasta El Cairo prometido a Anne Granger.

Se dirigió al encargado para preguntar por la habitación de la joven cuando aquel se le adelantó diciendo:

—Teniente, han dejado una carta para usted.

Winter cogió perplejo la misiva. Era de Anne Granger, y en ella le decía:

«Querido señor Winter: Me he dado cuenta de que el Sudán es un lugar fascinador. La señora Parker me ha invitado a dar un paseito y yo he aceptado. Quizá dentro de unos días acepte su pasaje. Entretanto, le hago llegar mi agradecimiento».

—¿Cuándo se han marchado? —preguntó, con inquietud, al

encargado.

—¿Se refiere a las señoras, teniente?

—Sí.

—Hace un par de horas.

Dick masculló una maldición para sus adentros.

—¿Qué medio de locomoción han utilizado?

—La señora Parker contrató un camión. Dijo que se iba a reunir con su esposo en Torit.

Winter fue a volverse, pero entonces recordó algo.

—¿Y el señor Craig?

—Se fue esta madrugada, teniente. ¿Le reservo mesa para la fiesta de esta noche, señor?

—No podré venir. Gracias por todo.

Salió rápidamente del hotel y ocupó su puesto en el «jeep».

—¡Tienes que volar, Tom! —exclamó—. Anne Granger y la señora Parker se dirigen a Torit... ¡Y salieron de Juba en un camión hace dos horas...!

Sherman emitió un silbido y pisó fuerte el acelerador.

El vehículo partió como una centella rumbo a la ciudad sublevada.

CAPÍTULO VI

Descubrieron al primer nuba subido en una roca. Él también los vio y sopló por un cuerno que produjo un sonido ronco y largo.

El «jeep» no se detuvo. Continuó rápido por la llanura hacia la ladera de la montaña en que se hallaba enclavada la aldea de los indígenas.

El nuba que hacía de centinela saltó de la roca con pasmosa agilidad. Realmente era el trasunto de un gorila. Los labios grandes y carnosos le desfiguraban el volumen de la cabeza. El cuello era corto y grueso, la figura recia y largas las piernas. Mostraba en la mano una lanza, y levantó el brazo armado para que se detuviera el vehículo.

Sherman frenó, y las ruedas chirriaron sobre la arena.

Winter se levantó hablando en el dialecto nuba.

—Quiero ver al gran jefe Talodi —declaró.

El negro, cubierto por un simple taparrabos, se quedó un rato pensativo y al fin dijo:

—Kardagas venir conmigo. Nuer quedarse.

Winter dio su asentimiento, y al ver que Sherman cogía un rifle de la parte de atrás, dijo:

—Iremos solo con las pistolas, Tom.

—¿Tú crees que son de confianza, Dick?

—Hemos de correr ese albur.

Descendieron del «jeep», y Winter ordenó a Bolo que transcurrida media hora sin que ellos hubieran vuelto, regresase solo a Juba. Luego echaron a andar tras el guía.

Habían seguido las huellas del camión alquilado por Rosalie al salir de Juba, pero más tarde, durante la madrugada, las perdieron, ya que el camino estaba trazado sobre una llanura que la tempestad y el viento habían azotado hasta convertirla en un terreno duro sobre el que afloraban los guijarros. No obstante, aquella era la ruta más corta hasta Torit y era lógico que el conductor del camión hubiese continuado por ella.

Antes de llegar a las primeras chozas, los dos policías se vieron rodeados por un enjambre de nubas que mostraban el cuerpo empolvado de blanco. A la entrada del poblado había muchas mujeres que solo se cubrían el bajo vientre con un estrecho pedazo de tela o un trozo de corteza. Adornaban la cabellera con plumas y

baratijas de vidrio.

En mitad de la aldea esperaba el jefe Talodi acompañado por algunos ancianos y un hechicero que se había puesto sobre la cabeza un reseco cráneo de marabú.

El cacique vestía su traje de gala. Una flotante capa roja le llegaba hasta un poco más abajo de las rodillas, se cubría la cabeza con un salacot, y le colgaba de la cintura un antiguo sable metido en su vaina.

Winter y Sherman se detuvieron frente al comité de recepción y saludaron militarmente.

Ninguno de los indígenas hizo el menor movimiento. Se diría que formaban parte de un grupo escultórico.

—¿Qué estás esperando, Dick? —dijo Sherman por la comisura de los labios—. ¡Suelta ya el discurso!

Winter tosió, aclarándose la voz, y declaró en el dialecto nuba, mirando al jefe de la tribu:

—El representante de Su Majestad Británica se honra en desearte las mayores venturas y largos años de vida, gran Talodi.

Siguió el mismo silencio de antes, pero ahora los ojos de Talodi brillaban febrilmente. Al cabo de un rato movió los labios, preguntando:

—¿Qué trae el representante a mi poblado?

—Deseaba comprobar que lo que me había dicho cierto hombre no era verdad.

—¿Qué es lo que te dijo el hombre?

—Que el gran jefe Talodi se estaba muriendo. Inmediatamente quise comprobar por mí mismo que por su boca había hablado el engaño.

—Talodi está bien. No necesita medicina de Kardagas. Talodi vivirá muchos años y gobernará a su pueblo con justicia.

—En cuanto vuelva a Juba buscaré al hombre que me ha mentido y lo haré azotar.

—¿Quién es ese hombre?

—Frank Craig.

El rostro del cacique se convirtió nuevamente en una máscara inexpresiva.

—Representante es el que miente. Craig es amigo de los nubas. No puede engañar a Talodi.

—Craig engaña a Talodi y a muchos jefes de tribu —rebatía Winter con decisión—. Craig solo ayuda a nubas, nyamusas, mandarís y otros pueblos para conseguir dinero.

De pronto, de una de las chozas cercanas salió una carcajada y a

poco apareció en la puerta Frank Craig, quien bajo la mirada expectante de los policías se acercó al grupo de los reunidos.

—¿Quiere convencerle de que soy un enemigo de los nubas, Winter? —interpeló en inglés, mientras sonreía aviesamente—. Creo que no lo va a conseguir.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó Dick.

—Creo que no le responderé, teniente.

—¿He de recordarle que se encuentra en terreno de mi jurisdicción?

—Usted ya no tiene jurisdicción, Winter. Está pisando terreno extranjero. Este es un país soberano.

—Así que está al corriente de todo —murmuró Dick—. Presentía que andaría metido en esto y no me he equivocado.

—Es usted inteligente y debe saber cuándo le toca perder. Le aconsejo vuelva a Juba, prepare las maletas y se marche.

—Su consejo es inaceptable, Craig. Mi sitio está en Senatoria, en tanto no me releven del cargo que ocupó. ¿Por qué se muestra ahora tan cortés conmigo, siendo así que en Juba ordenó mi muerte?

—Talodi y otros jefes que le aprecian han condicionado su colaboración a que la vida de usted sea respetada. Ya lo ve, estos salvajes aún no han sido contaminados por la civilización. Yo tenía pensado colgarle como criminal de guerra. Divertido, ¿eh?

—Es usted un rufián de la peor especie, Craig —repuso Winter, haciendo un esfuerzo para no abalanzarse sobre el cazador—. Y no tardará en llevar su merecido.

Craig soltó una nueva risotada.

Winter se dirigió otra vez al jefe.

—Talodi ha olvidado, al parecer, que él también ha ejercido su autoridad en nombre de Su Majestad Británica. ¿Es que piensa ahora Talodi traicionar el juramento que prestó al gobernador?

El cacique tardó algún tiempo en contestar, y cuando lo hizo, declaró:

—Esta tierra es de nuestros antepasados, y ellos la obtuvieron sin la menor autorización de la Reina de los Kardagas. Ahora volverá a ser nuestra y solo prestaremos juramento sobre las cabezas de nuestros hijos.

Winter comprendió que había perdido la partida. No solamente se enfrentaba con la influencia de Craig, sino con la nostalgia lógica que aquellas tribus sentían por los tiempos remotos en que no tenían que dar cuenta de sus actos a los hombres de otro color.

—Si Talodi piensa así —declaró—, es posible que las aguas del

río se tiñan de rojo. Talodi condena a los guerreros de su pueblo a una muerte segura.

En ese instante un grito femenino asetó el aire.

—¿Has oído, Dick? —dijo Sherman—. Apuesto a que se trata de una de esas mujeres.

—Me ha parecido Rosalie —convino Winter.

Craig tocaba con la mano la funda de su pistola.

Winter se dirigió nuevamente a Talodi.

—Quiero que me entregues a las dos mujeres blancas que tienes en tu aldea.

—Las capturó uno de mis guerreros. Son tuyas. Es la ley de nuestro pueblo.

—Una ley que Su Majestad abolió, Talodi. ¿Es que tus guerreros temen enfrentarse con los hombres?

—Winter querer morir si sigue insultando.

—Tu guerrero apresó a indefensas mujeres. ¿Con quién luchó para apropiárselas?

—El hombre que conducía camión fue muerto al huir.

Winter inspiró profundamente y repuso:

—Está bien. Tu guerrero debe luchar conmigo. El que sea el vencedor se llevará las mujeres.

Sherman dio un respingo.

—¿Es que te has vuelto loco, Dick? ¡No puedes pelear con un tipo de estos!... ¡Ellos conocen las tretas de esa clase de combate que practican desde niños...!

—No puedo hacer otra cosa por ellas. Si nos vamos solos, cuando volvamos será demasiado tarde.

Talodi miró a Craig, el cual reía estremeciéndose.

—¿Es capaz de mantener eso, Winter? —preguntó el cazador.

—No soy como usted, Craig. Solo tengo una palabra.

El contrabandista se mordió el labio inferior respondiendo con acritud:

—De acuerdo, teniente. Luchará con el guerrero si tanto lo desea.

Talodi dio una palmada, gritando:

—¡Kero!... ¡Kero...!

Un indígena, el más corpulento de cuantos se hallaban alrededor de los policías, se acercó rápidamente a su jefe. Era un maravilloso ejemplar de la raza negra. Únicamente guardaba semejanza con los restantes nubes en la prominencia del hocico y el color de su epidermis. Había estado escuchando el diálogo entablado y sabía lo que se exigía de él. Por ello dejó caer al suelo la lanza y el escudo de

piel de hipopótamo.

Talodi miró a Winter y díjole:

—Recordaré al oficial nuestro método de lucha. Pelearéis desnudos, utilizando solamente la habilidad y la fuerza. Aquel que de vosotros caiga primero, será muerto por las lanzas de los espectadores. El vencedor hará suyas las dos mujeres.

Winter no pudo por menos que sonreír. Aquella lucha había sido prohibida por el gobierno general del Sudán hacía muchos años, y ahora que el jefe nuba consideraba rotos los lazos que le unían con Jartum, restablecía el cruento y primitivo combate, comparable a los juicios de Dios de la Europa medieval.

Dick fue acompañado a una choza por dos nuba. Allí se desnudó completamente y cubrióse con el taparrabos que aquellos le ofrecieron.

Luego salió fuera donde lo esperaba Kero. Los dos nuba que hacían de ayudantes rociaron con polvo blanco los cuerpos de los luchadores. Poco después se enfrentaban en un círculo habilitado al efecto por los espectadores. Agacháronse con las piernas arqueadas y a una señal de Talodi, comenzó el combate. Para vencer en él había que tirar al suelo al contrario, quedando en pie el otro. Si ambos caían al propio tiempo, tenían que levantarse y reanudar la lucha.

Dick pensó desde el primer momento batirse a la defensiva para conocer el punto débil de su adversario.

Por el contrario, Kero sentía deseos de demostrar a sus hermanos de tribu que no en balde era considerado como el mejor guerrero y atacó desde el principio.

Winter giraba alrededor del nuba presto a desembarazarse de sus garras cuando estas pretendiesen atenazarlo.

Al fin, Kero saltó y logró aprisionar la muñeca de Dick. Este dio un tirón, pero no consiguió desasirse. Le hizo el efecto de que le tenían puesta una esposa. Entonces movió rápidamente el brazo libre y rodeó con él el cuello de su antagonista. Si hubiera tardado un segundo más en hacerlo, allí habría acabado la pelea, ya que Kero le retorció la muñeca, y para evitar que se la partiese dejése caer al suelo, arrastrando tras él al indígena.

El público lanzó un rugido de satisfacción.

Los rivales soltaron sus respectivas presas, y se incorporaron, siendo de nuevo empolvados.

Kero emitía gruñidos, contrariado por no haber acabado con su enemigo al primer embate.

Dick se preparó ahora para llegar a un desenlace. El nuba era

mucho más resistente que él y podría permanecer mucho tiempo en la brecha sin que el cansancio hiciese mella en su fortaleza. Kero atacó de nuevo, y esta vez, Winter no hizo nada por evitar la llave. Los dedos del nuba se adhirieron a su cintura como ventosas, e inmediatamente un largo y poderoso brazo lo aprisionó del cuello.

Los espectadores vociferaron, alentando a su hermano de raza, seguros de que la victoria sería suya.

Kero atirantó los músculos en un gran esfuerzo por doblegar a su rival, el cual cedió terreno pulgada a pulgada, combándose como un junco.

Los ojos de Craig brillaban regocijados. Apretaba los dientes y los puños, como si él tomase parte también en el ancestral combate.

Dick se arqueaba más y más, y el nuba se cernía sobre él poniendo en juego todo su vigor.

De pronto, el que ya parecía vencido, pasó un pie por entre los de Kero, aferrándolo de un tobillo, y se dobló a un lado con increíble agilidad.

El guerrero, que se estaba apoyando sobre el cuerpo en tensión de su enemigo, perdió el equilibrio al faltarle aquel y se desplomó en el suelo, tras intentar desesperadamente atraer a Winter.

Dick se apartó de Kero dando un salto.

Un silencio sepulcral siguió al término de la lucha.

De repente, un nuba dio un grito y arrojó su lanza sobre Kero, clavándosela en el vientre. Fue la señal para que el resto de los espectadores, excluidos el jefe Talodi, los ancianos y las mujeres, alanceasen al derrotado, quien en un instante fue materialmente cosido por las puntas de hierro.

La sangre salió a borbotones, manchando de rojo la carne de ébano.

Talodi hizo una señal, y los dos nubas que habían ayudado a montar la pelea desaparecieron por la puerta de una choza, regresando poco después con Rosalie y Anne.

Las jóvenes miraron asombradas a Dick, y al descubrir el cuerpo exánime del indígena que había en el suelo, comprendieron lo ocurrido.

Winter se dirigió a la cabaña donde se había desnudado y comenzó a vestirse.

Cuando se ponía la camisa vio una sombra proyectada en el suelo, y se volvió.

Frank Craig estaba en la puerta, esgrimiendo una pistola.

—¿Qué le pasa, Craig? —inquirió el policía—. ¿No le ha gustado el desenlace?

—Lo voy a matar, Winter.

Dick continuó abotonándose como si lo acabasen de invitar a un vaso de *whisky*.

—¿Ha cambiado de idea? ¿Qué va a ganar con ello? ¿Cree que con mi muerte va a conseguir ayudar a los sublevados de Torit?

—Es posible.

—No sabía que yo fuese tan importante. ¿Por qué no confiesa que su actitud hacia mí está inspirada por el odio?

—Bueno, si le complace lo admitiré. Lo odié desde el día en que llegó a Juba. ¿No lo recuerda?

—Hace algunos años de eso. Tengo mala memoria.

—Yo sé lo recordaré. Le pedí una autorización para cazar elefantes en el pantano de Terrakkeka. Usted me lo negó y no había ninguna prohibición en que se amparase.

—Había decidido negar los nuevos permisos hasta que conociese el territorio. Luego comprobé lo acertado de mi decisión. Usted y otros cazadores estaban acabando con los elefantes. Incluso tiraban contra las madres que amamantaban a las crías. Quedaban muy pocos ejemplares de rinocerontes blancos. Los alces gigantes eran ya casi desconocidos. Para ustedes no contaba nada; solo pretendían el marfil, o dar satisfacción al gatillo. Desde entonces han cambiado mucho las cosas. Ahora hay abundante caza mayor en mi jurisdicción.

—Ha hecho siempre lo que ha estado en su mano para perjudicarme. Ahora tiene lo que se ha ganado.

Craig levantó la pistola para disparar, pero en ese instante una mano apretó su muñeca. Era Talodi, quien penetró en la choza mirando furiosamente al cazador.

—¿Qué vas a hacer? Winter venció a Kero y debe marcharse con las mujeres.

Frank se mantuvo vacilante unos segundos y finalmente, enfundó la pistola mirando a Winter.

—Habrà otra oportunidad, teniente. Le prometo no fallar entonces.

Luego salió fuera.

Talodi se acercó a Winter y púsole una mano sobre el hombro, diciéndole:

—Winter queda libre, pero vivirá poco si vuelve a poblado nuba.

Dick respondió:

—Yo lo siento por ti, Talodi. Jartum enviará tropas y vuestros pueblos serán arrasados.

El jefe cruzó los brazos, en silencio.

Winter se unió a Sherman y a las mujeres e inmediatamente se pusieron en marcha.

—¿Y el camión que las condujo aquí? —preguntó el teniente, mientras salían de la aldea.

—Lo quemaron esos salvajes después de matar al conductor —repuso Rosalie.

Había pasado con exceso la media hora señalada por Dick para que Bolo esperase, y cuando llegaron al lugar en que había quedado el «jeep», este había desaparecido.

CAPÍTULO VII

—¡Estupendo! —exclamó, irónicamente, Rosalie—. ¿Qué hacemos ahora?

—Hay un poblado de beduinos baggara a unas doce millas al Sudeste de aquí —repuso Dick—. Hemos de intentar llegar cuanto antes.

—¿Crees que nos van a tratar mejor que esos cafres que acabamos de dejar atrás?

—No lo sé, pero es nuestra única oportunidad. Será preferible que nos dividamos por parejas y guardemos una distancia de dos millas.

—Muy consolador —ironizó Rosalie.

—Ha estallado una sublevación en Torit —explicó Winter—. Y es cuestión de tiempo que las tribus de la región les presten cooperación. Los nuba ya se han decidido.

—¿Por qué no os mataron, entonces?

—Estos negros son nobles y nosotros íbamos a parlamentar.

—¡Qué emociones debe de estar viviendo mi marido...!

—¿Quién viene conmigo? —preguntó Dick—. Les advierto que iré a la vanguardia.

Las dos mujeres se miraron un rato en silencio. Por fin Anne dijo:

—Si a la señora Parker le da lo mismo iré con usted, Winter.

Rosalie esbozó una sonrisa y contestó:

—De acuerdo, querida. Pero haga el favor de dar un grito si ve moros en la costa.

Anne la obsequió con idéntica falsa sonrisa.

—Descuide, señora Parker. La pondré sobre aviso. Sería una lástima que su esposo perdiese tan gran amor.

Rosalie hizo un gesto de rabia y dio un paso hacia Anne con el evidente propósito de abofetearla, pero Sherman la sujetó por un brazo, indicando:

—Ya puedes marcharte, Dick. Esperaré unos minutos.

—Si ves que somos atacados, no intentes ayudarnos —le advirtió Winter—. Ya sabes lo que hay que hacer. Retroceder cuanto antes hacia Juba. ¿Vamos, señorita Granger?

—Cuando quiera, jefe.

Anne y Dick emprendieron el camino. No cambiaron una

palabra hasta estar lejos de los que les seguirían más tarde.

—¿Quiere explicarme ahora esa tontería de acompañar a la señora Parker, Anne? —preguntó el oficial.

—Pensé que me aburriría mucho en El Cairo.

—Pues ha elegido un buen momento para divertirse en el Sudán.

—¿Cree usted que la situación es tan desesperada?

—Digamos que comprometida. Salí de Juba para cumplir una misión.

—¿En qué consiste su trabajo?

—Robert Kim, el otro hombre que conocí en mi despacho, fue atacado ayer por una tribu mandari. Mataron a unos cuantos soldados y a él lo hirieron disparando con fusiles. Desde luego no han sido los guerreros de Talodi, estos son nubas.

—¿Por qué fueron, entonces, a la aldea de Talodi?

—Porque está en el camino de Torit.

—Comprendo. Lamento que por nuestra culpa haya tenido que cambiar sus planes.

Dick no dijo nada y continuaron andando.

De pronto, Anne divisó a lo lejos una corriente de agua, y exclamó:

—¡Oh, mire aquello! ¿No es el Nilo?

—Solo un afluente. Tendremos que cruzarlo.

Poco después llegaron a la orilla, donde crecían altos papiros de largas y delicadas hojas. La superficie de las aguas estaba cubierta con la floración de pequeños nenúfares blancos, amarillos y azules, y de diversas clases de plantas acuáticas.

Un ave que Anne no había visto nunca se deslizó con sus largas patas color rosa por encima de los nenúfares.

—¿Qué bicho es ese? —preguntó a Dick.

—Una cerceta. Está buscando insectos.

—Todo esto es maravilloso. Parece increíble que a pocos pasos cambie tan radicalmente el paisaje.

—Son cosas del Nilo. ¿Se siente con ánimos de cruzar?

La joven echó una ojeada al río.

—¿No habrá cocodrilos?

—Lo sabremos cuando estemos dentro del agua.

—¿Esos son los ánimos que me da?

Dick sonrió metiéndose en la corriente. Anne lo siguió con vacilación.

Empezaron a avanzar. Poco a poco el nivel del agua iba ascendiendo por sus cuerpos. Al estar en la mitad del recorrido el líquido elemento les llegaba a la cintura.

De súbito, Anne resbaló y soltó un grito antes de caer, desapareciendo bajo los nenúfares.

Dick, que se había separado unas yardas de ella, se quedó quieto viéndola reaparecer chorreando.

Anne lo miró rabiosamente, y al observar que sonreía gritó:

—¡Ni siquiera me ha ayudado!... Quiere desembarazarse de mí, ¿eh?

Dick se acercó a la joven y la levantó en brazos.

—¡Suélteme! ¡Puedo ir sola!

El meneó la cabeza en sentido afirmativo, y la dejó de pie.

—Está bien. Adelante, señorita Granger.

Apenas se hubo separado de ella, oyó a sus espaldas los resoplidos que lanzaba después de haber resbalado nuevamente.

* * *

Lo ocurrido era que Anne había pisado hierbas impregnadas del limo del fondo, que al adherirse a sus zapatos planos provocaban los sucesivos resbalones.

Dick llegó a la otra orilla y se sentó en el suelo, cruzando los brazos, mientras observaba los cómicos esfuerzos de la muchacha por salir del atolladero.

—¿Qué hace ahí quieto? —gritó Anne, en un descanso—. ¿No ve que me estoy ahogando?

—Dijo que podía hacerlo sola.

—¡No tiene usted idea de lo que es la caballerosidad!

—Aquí se olvidan frecuentemente esos detalles.

Anne reanudó la marcha y, tras varias zambullidas, consiguió alcanzar tierra firme.

Ella fue a sentarse, pero él se levantó arguyendo:

—Hay que proseguir, o la señora Parker y Tom nos darán alcance.

Ella se sentó, replicando:

—No me moveré hasta que me seque.

—De acuerdo. Ya sabe por dónde voy.

Dick echó a andar sin volver la cabeza, y Anne se quedó rumiando insultos contra su acompañante.

De repente vio moverse los papiros que se hallaban a unas cinco yardas de donde ella se encontraba. Luego oyó un mugido.

Sus pupilas espantadas vieron una cabeza enorme, unos ojos que la miraban, una boca que se abría. Entonces soltó un nuevo grito de pánico, se puso en pie de un salto y corrió tras Winter.

—¡Dick!... ¡Dick...!

Se arrojó sobre el pecho del policía y abrazóse a él, temblorosamente.

—¿Qué le ocurre ahora, Anne?

—¡Allí!... ¡en el río!... ¡algo monstruoso...!

Winter miró en la dirección indicada, y lanzó una carcajada.

—¿Lo encuentra gracioso?

—Mire lo que es, criatura. Un búfalo. No hace nada si no se le ataca.

El pecho de la joven se agitó furiosamente.

—¡Es usted odioso, señor Winter!

—Me llamó Dick en el momento de peligro.

—No se haga ilusiones. Ha debido de oír mal.

Anne se puso a andar y él la siguió sin borrar la sonrisa de los labios.

El paisaje cambió por completo. Empezaron a caminar por el desierto. La temperatura iba ascendiendo a medida que el sol se levantaba sobre el cielo.

Tres millas más allá del río, el vestido de Anne se secó rápidamente.

Caminaban por la parte superior de las dunas, donde la arena era más firme.

En todo el horizonte no veían más que el infinito desierto, sin rastro de vegetación.

Así anduvieron durante media hora.

Dick se detuvo un instante volviendo la mirada atrás, y Anne se sentó en el suelo, respirando entrecortadamente por el cansancio.

—Es extraño —murmuró el policía, como si hablase consigo mismo—. No veo a Sherman ni a Rosalie...

—Ellos son más listos y se habrán quedado en el río.

—Bueno, hay que continuar.

—¿Dónde están esos beduinos de que hablé?

—Quizá los encontremos cuando recorramos algunas millas más.

—¿Quizá?

—Los baggara son árabes nómadas. Entra dentro de lo posible que hayan levantado el campamento...

—Oh... —Anne emitió un gemido.

—Démonos prisa y saldremos pronto de dudas.

—¡No estoy dispuesta a dar un paso más...!

—Creí haber oído hace un rato que no se fue a El Cairo porque allí se habría aburrido... Bien, aquí no le faltará diversión.

Winter miró al cielo. Tres cuervos se cernían sobre sus cabezas haciendo círculos. Anne también levantó los ojos y apretó los labios con rabia. Cuando se disponía a replicar a Dick, este ya se alejaba por el borde de la duna, y hubo de correr para alcanzarlo.

Transcurrió otra hora. La joven caminaba dando traspiés unas yardas más atrás de Winter, pero cuando este se detenía y volvía la mirada, ella erguía la cabeza orgullosamente, y hacía lo posible por mantener la vertical.

Una de estas veces él le dijo:

—Es inútil que disimule, Anne. Descansaremos unos minutos.

—¿Quién se lo ha pedido? ¿No será usted el que esté agotado?...

Winter no prestaba atención a lo que le decía la muchacha. Sus ojos estaban fijos en una nube amarilla que se acercaba por el Sur.

—¡*Habub*! —exclamó, arrugando, la frente.

—¡Eso lo será usted! —replicó Anne.

Entonces él la miró, explicando:

—No es ninguna ofensa. *Habub* quiere decir tempestad de arena. Fíjese en aquella nube. Dentro de unos instantes estará sobre nosotros.

—¿Esa tan insignificante? —replicó ella, observándola—. Busque otros medios para atemorizarme, teniente.

—Hemos de encontrar una duna a propósito para refugiarnos —dijo Dick, desparramando la mirada por la inmensidad del desierto—. ¡Ahora es cuando tenemos que darnos prisa!... ¡Sígueme...!

Anne notó el tono extraño de su voz, y se sintió impresionada.

Avanzaron más rápidamente.

La nube fue engrosando y cubriendo cada vez más terreno.

Las rayas amarillas se fueron alargando de Este a Oeste.

Muchos pájaros volaban chirriando angustiosamente en dirección al Norte.

La nube corrió su telón ante el sol y una extraña luz rojiza inundó el paisaje.

De súbito, Winter descubrió a lo lejos los primeros remolinos oscuros de las masas de arena.

—¡Cójase a mi cinturón, Anne! —gritó.

La joven obedeció, asustada por el brusco cambio de la Naturaleza.

La tempestad se abatió sobre ellos, ardiente como el sol. La arena se les metió por los ojos, la boca...

—¿Por qué no nos tiramos al suelo? —chilló Anne.

—¡Quedaríamos sepultados!... ¡He visto una duna a propósito!... ¡Tenga ánimo, la tenemos cerca!

La tempestad descendió bruscamente. Pasaron del calor tórrido al frío casi polar. Buena prueba de ello fue que Anne, con la cara todavía bañada en sudor, empezó a tiritar.

Entonces parecieron desatarse todos los diablos del infierno.

El *habub* aumentó su empuje entre rugidos siniestros.

Muy lentamente, fueron acercándose al lugar señalado por Dick, y una vez allí se tendieron sobre la pronunciada superficie de la duna, pegando la frente al suelo.

Era un espectáculo salvaje, sobrecogedor. Parecía como si de un momento a otro la tierra fuera a volar en pedazos.

Toneladas de arena eran lanzadas una y otra vez sobre la tierra, como si una mano gigante pretendiera cambiar de sitio el desierto.

Dick y Anne tenían que moverse, arrastrarse, para no quedar sepultados en aquel caos.

La duna que les servía de refugio iba cambiando de fisonomía, transformándose.

Winter se irguió un instante, cubriéndose la cara con el pañuelo, dando gritos, intentando que la mujer lo oyese, pero ella estaba materialmente adherida al suelo, creyendo que en tal postura estaba su salvación.

Visto que sus esfuerzos resultaban infructuosos, Dick se puso de rodillas, prendió por la cintura a Anne y la lanzó por la ladera.

La joven rodó hacia abajo a una velocidad vertiginosa por la furia desatada del *habub*.

Luego, él se dejó caer tras ella.

Un segundo después de haber abandonado la parte alta de la duna, el huracán la hizo desaparecer en su espeluznante embudo que pasó a escasas yardas de donde se habían refugiado.

La tempestad fue amainando, y de pronto cesó tan inopinadamente como había comenzado.

Anne dio un quejido y se sentó en la arena, restregándose los ojos y las orejas.

Dick la contempló y echóse a reír.

—Debo de estar muy mona, ¿verdad? —gimió ella.

—Su cabello parece estopa.

—Oh, ¿y qué voy a hacer ahora?

—No se preocupe. Los habitantes del desierto apenas dan importancia a esas cosas. Ya tendrá tiempo de hacerse la permanente en El Cairo... si es que alguna vez sale de aquí.

—¿Tan optimista es usted?

Dick se encogió de hombros y desenfundó la pistola, la cual, estuvo limpiando durante los diez minutos siguientes, Mientras

Anne atendía a su tocado.

Cuando él la volvió a mirar, soltó un silbido de admiración. Anne se había echado hacia atrás el cabello, recogíendoselo con el pañuelo.

—¿Le gusta? —preguntó la hembra, con un mohín de coquetería.

—Ustedes las mujeres saben sacar partido de las coyunturas más difíciles.

Súbitamente, una sombra se proyectó entre los dos jóvenes.

Ambos volvieron la cabeza contemplando en la cumbre de la nueva duna que había formado el *habub*, a un árabe sentado sobre un camello.

Él también los miraba y no dejaba de apuntarles con un rifle.

CAPÍTULO VIII

Jalel el Zain, jefe de los árabes baggara, saludó a su usanza a Dick Winter cuando este y Anne penetraron en su tienda precedidos por el guerrero que los había sorprendido en el desierto.

—Creí que Richard Winter estaría camino de Jartum —dijo el Zain en el idioma baggara—. Torit se ha levantado contra el Gobierno.

—Pero Juba ha permanecido fiel —objetó el oficial—, y no pasará mucho tiempo sin que los de Torit depongan las armas.

—Eso será difícil. Casi todas las tribus al sur de Juba se han sumado a los revolucionarios.

—¿Tú también, Jalel el Zain?

—Yo aún no lo tengo decidido, Winter.

—No puedes ponerte al lado de la maldad.

—Ellos quieren la justicia.

—Es un vil engaño, Jalel el Zain. Torit se ha levantado por el simple motivo de que no aceptan la unión del Sudán con Egipto. Los soldados tratan de justificar su actitud pretextando que no quieren ser mandados por oficiales del Norte, pero esto es absurdo. Hubiese bastado una protesta ante Jartum y el Gobierno la hubiera acogido.

—Suponiendo que así sea, ninguno de los del sur quiere esa unión con Egipto. Podemos ser independientes.

—Y lo seréis si ganáis la votación cuando llegue el momento de resolver ese problema. Mi país ha pretendido enseñaros que no se debe utilizar la fuerza cuando existe un medio de alcanzar el fin deseado. Ese medio se llama elección democrática, soberanía del pueblo...

—¿Crees que nuestras tribus están preparadas para eso? Yo he viajado por Europa y conozco vuestros métodos, pero ¿y los demás?

—Mi país mantendrá su tutela de una forma u otra hasta que estéis en condiciones de manifestar mediante una elección vuestro sentimiento.

—Tú también sabes que en Jartum se conspira para presentarnos la unión como un hecho consumado.

—¡Inglaterra apoyará en ese caso vuestra autonomía! ¡No estáis solos! El gobernador general os dio su palabra no hace aún seis meses. Lo único que lograríais con una rebelión es perder la razón.

El árabe baggara paseó por la tienda en actitud pensativa. Al cabo de un rato se detuvo, mirando severamente a su interlocutor.

—Tú, Winter, hablas con buenas palabras. Me salvaste una vez la vida. Eres como uno de los nuestros. Te dije aquel día que yo sería tu hermano cuando estuvieras en peligro. Yo ahora no te hago promesa de que lucharé al lado de Jartum o de Torit. Tú serás quién decida lo que yo haga...

—¿Yo? ¿De qué forma? Ya conoces mi opinión.

—Me comprenderás. Yo había de acudir a Torit mañana para unirme a ellos. Se celebrará una reunión entre los jefes de tribu y los soldados sublevados. Irás tú por mí, Winter.

El oficial mostró su asombro por la extraña propuesta y Jalel el Zain prosiguió tras aquella pausa:

—Si tú me convencieses a mí, no habrías ganado mucho para tu causa. Yo solo soy uno de los jefes, el más modesto por las fuerzas que podría aportar a la rebelión. Allí estarán los más poderosos, los jefes de los moru, de los eliri, de los aliab-dinka... Ellos serán el sostén del levantamiento. Convéncelos y habrá paz con Jartum...

Dick se pellizcó el lóbulo de una oreja.

—Eso va a ser algo difícil, por no decir imposible... ¡pero lo voy a intentar, Jalel el Zain!... Pensemos en mi viaje. Debo ir disfrazado.

—Te proporcionaré lo necesario. Tú serás Hachien el Atasi, uno de mis guerreros. Es un hombre que no existe. Entregarás este salvoconducto que me trajeron de Torit esta mañana —el árabe baggara alargó al oficial un cartón azul del tamaño de un papel de fumar, en el que había dibujada una media luna con tinta roja.

—Tu hermano siempre te estará agradecido —dijo el policía.

—Lo demás depende de ti, Winter. Si descubren el engaño...

—Comprendo. Diré que maté a tu emisario en el camino y lo suplanté. No podrán dudar de tal declaración y tú quedarás libre de responsabilidad...

—No me inquieta eso, sino que entonces no volvería a ver a Richard Winter... El guerrero que te ha traído aquí te proporcionará el disfraz que necesites. Que Alá te acompañe.

—Que él te dé larga vida, Jalel el Zain.

Anne, sin haber entendido nada de lo que se había hablado en la tienda, al ver que Dick se despedía del jefe fue a precederle en la salida y entonces Winter se quedó de pronto inmóvil, contemplándola como si se tratase de una aparición.

—¡Por todos los cielos! ¡Me había olvidado de usted, Anne!

—Sí, ¿eh? ¡Qué lástima! Podía haberme vendido como esposa a su amigo...

—Es un verdadero contratiempo —rezongó Dick, rascándose la barbilla.

—El contratiempo lo tuve yo cuando se me ocurrió presentarme en su oficina...

—Escuche, Anne. Mi amigo Jalel el Zain me ha proporcionado la oportunidad de meterme en Torit. Es necesario que vaya allí.

—¿Tiene prisa por morir?

—Salí de Juba para cumplir una misión.

—Eso ya lo dijo antes.

—Está bien, pero no la pude cumplir porque se me ocurrió ir detrás de unas faldas.

—¿Ah, sí? Conque ahora se arrepiente de habernos sacado de aquella aldea...

—No se trata de eso ahora, Anne. Ha de quedarse aquí. Yo volveré por usted y regresaremos juntos a Juba.

—¿Y si no regresa? ¿Y si lo matan, que será lo más probable? ¿Imagina que voy a quedarme aquí por el resto de mis días?

Jalel el Zain hizo una reverencia ante la joven y dijo en inglés:

—La señorita tiene razón.

—¡Oh! —exclamó Anne—. ¡Habla nuestro idioma!

—Sí, señorita —afirmó el jefe—. Pero no tiene que preocuparse. Comprendo que no quiera quedarse con nosotros. De todas formas, aunque quisiese, no sería posible.

—¿Por qué? —inquirió Dick.

—Los sublevados de Torit han confiado a los nyamusas la inspección de las tribus de la región. Cada seis o siete horas nos hacen una visita una docena de ellos para cerciorarse de que todo marcha bien. Ellos fueron quienes pusieron en mis manos el salvoconducto comunicándome la cita para mañana. Si hiciesen un registro y hallasen a la señorita, podría sobrevenir una tragedia. Winter conoce tan bien como yo a los nyamusas.

—Sí, los conozco demasiado y también sus métodos —convino el policía—. ¿Y qué solución podemos encontrar al problema? Creo que tendré que dejar mi disfraz para otra ocasión...

—La señorita ha dado la idea —insinuó el árabe baggara, con una sonrisa.

—¿Ella? —interrogó Winter.

—Citó la palabra «esposa».

Anne miró al jefe y retrocedió un paso, abriendo mucho los ojos.

—¡Oh, no hablaba en serio! ¡Tiene que creerme! ¡Le juro que no hablaba en serio...!

—Sin embargo —repuso El Zain—, es la única forma de llevar su

plan adelante, Winter...

El teniente hizo un gesto dubitativo, señalando a Anne.

—¿Mi hermano Jalel quiere desposarse con la joven?

—No —sonrió nuevamente el baggara—. No se trata de mí. Le explicaré a Winter lo que pienso. Mi amigo de Torit, un rico comerciante, me comunicó su deseo de tomar como mujer a una muchacha de mi tribu. Convinimos en que se la enviaría dentro de unos días. La señorita podía ocupar su puesto...

—¡Vaya! —repuso Anne—. A lo mejor es Ali Khan.

—Mi amigo se llama Mohamed el Obeid y tiene ya en su harén quince mujeres.

—¡No consentiré tal boda! —chilló la joven—. ¡Quince mujeres...!

—Debe tener en cuenta, señorita, que El Obeid ha cumplido recientemente sesenta y dos años.

—Pues parece que no le ha ido mal en el matrimonio...

—Creo que no ha entendido. El posible matrimonio con mi amigo es el pase de usted a Torit. Luego, el señor Winter ha de ocuparse de sacarla sana y salva sin haber pasado por el harén de El Obeid.

Dick soltó un gruñido.

—¿Es que no tengo bastante con salvar mi pellejo para ocuparme del suyo?

—¡Yo no tengo pellejo, señor Winter! —protestó, retadora, Anne.

—A mí no se me ocurre otra cosa —continuó el árabe—. Y les ruego decidan pronto, porque la patrulla de los nyamusas no tardará mucho en aparecer por el oasis.

Hubo un silencio en la tienda.

Dick paseó nerviosamente de un lado a otro y, finalmente, se enfrentó con la hermosa.

—¿Qué dice usted al respecto?

—¿Yo?... Si me quedo, pueden matarme. Da lo mismo morir aquí que en Torit...

—¡De acuerdo! ¡Iremos a Torit...!

Jalel el Zain manifestó:

—Le escribiré una carta a mi amigo para que le sirva a la señorita de salvoconducto. Puede quedarse aquí mientras yo paso a la tienda de al lado. Le enviaré una mujer para que la vista según nuestras costumbres...

El árabe baggara y el guerrero salieron al exterior. Cuando Dick iba a seguir el mismo camino, se volvió en la puerta y dijo:

—Por lo que más quiera, no se sienta una Ivonne de Carlo y

cúbrase bien la cara.

CAPÍTULO IX

Habían llegado a la puerta de la ciudad. Un soldado de uniforme ordenó la detención de los dos viajeros montados sobre camellos. Winter se apresuró a entregar al centinela el cartón azul y la carta de Jalel el Zain para Mohamed el Obeid. Transcurridos unos minutos, el rebelde meneó la cabeza en sentido afirmativo y devolvió las credenciales.

Anne y Dick entraron en Torit. Ambos podían pasar perfectamente por beduinos baggara, ya que su indumentaria era la utilizada por los pertenecientes a esa tribu y en cuanto al color ligeramente parduzco de la piel, característica de la raza, lo habían obtenido mediante un masaje a base de un barro que el propio jefe les proporcionó.

En el interior de la ciudad existía un verdadero maremágnum. Por las calles circulaban hombres de las más diversas vestimentas y fisonomías, no faltando los indígenas cubiertos por un simple taparrabo. Se mezclaban las lanzas, las azagayas y los arcos con los fusiles de repetición, las bayonetas y los cañones. Caballos, camellos, carros y hasta modernos «jeeps» circulaban por las vías, armando una baraúnda fenomenal.

Winter observaba el escenario con extrema atención, presto siempre a hacer un cálculo de las fuerzas con que contaban los rebeldes.

Al llegar a una plaza de la calle principal vio un edificio en cuya parte superior había un mástil en el que ondeaba una extraña bandera con dos franjas, rojo y verde.

A la puerta había numerosos soldados, todos con fusiles.

Aquel debía de ser el cuartel general de los sublevados.

A la otra parte de la plaza había una multitud en actitud expectativa. La mezcla de razas destacaba aquí de un modo que hería los ojos. Abundaban las mujeres, la mayoría negras, aunque muy diferentes entre sí. Las había morus, de labios carnosos y muslos escurridos; eliri, con los brazos y tobillos anillados; diurs, de cuellos largos y frente abombada; mandari, de ojos grandes y nariz sumamente achatada; nyamusas, con sus hondas cicatrices en la frente. Casi todas ellas únicamente se cubrían el bajo vientre con un pedazo de tela, que las diurs sustituían por una simple hoja vegetal.

Los guerreros, menos numerosos, porque su presencia sería más

necesaria en otros lugares, se mantenían erguidos mirando a la casa donde ondeaba la bandera, mientras las mujeres estaban sentadas, hacinadas, apoyándose las espaldas o los hombros unas en otras.

Dick hizo señal a Anne para que se detuviese diez yardas más allá de la puerta que guardaban los soldados.

Antes de que pudieran bajar de los camellos oyeron un rugido impresionante, producido por el simultáneo griterío del enjambre semidesnudo.

Tres jinetes irrumpieron en la plaza. De cada una de las sillas pendía una larga cuerda a cuyo otro extremo corría un hombre maniatado.

Una de las víctimas dio un traspié, y se desplomó, siendo arrastrado un largo trecho entre el regocijo de los espectadores.

El verdugo se detuvo y entonces el caído incorporóse con la cara manchada del barro rojo que había formado la sangre de sus heridas con la tierra.

Dick sintió que el corazón le daba un vuelco.

Aquel hombre era Tom Sherman.

Buscó con la mirada a Rosalie entre la gente que se agrupaba alrededor de los prisioneros, pero no la halló.

¿Es que la habrían matado?

Quiso desechar de su mente tal pensamiento, diciéndose a sí mismo que debía empezar a realizar su trabajo.

—¿Lo ha visto, Dick? —oyó que le decía la joven, en voz baja—. ¡Es horrible!

Winter asintió con la cabeza.

—Tiene un cuchillo, ¿verdad, Anne?

—Sí; se lo pedí al jefe de los baggara.

—Prométame que se lo hundirá en el pecho antes que caer en manos de estos salvajes.

—Pierda cuidado; no llegarán a tocarme... al menos viva. ¿Cree usted que la señora Parker...?

—Solo deseo que haya muerto rápidamente. Pero será mejor que olvidemos eso y pongamos mano a la obra.

—¿Nos quedamos aquí?

—Sí, pero tendré que buscarle un refugio mientras yo me las entiendo ahí dentro con los jefezuelos de este motín.

Los camellos se sentaron en el suelo y ellos bajaron de las sillas.

Uno de los jinetes, azuzado por el público, emprendió una galopada llevando tras sí a su víctima.

—¡Voy a intentar hablar con Sherman! —dijo Dick, al ver que se producía un claro alrededor de su amigo—. ¡Espere aquí!

Se aproximó rápidamente adonde se hallaba Tom y cercionóse de que todo el mundo estaba pendiente de los que corrían por la plaza.

Agachóse cerca de Sherman como si pretendiese observar el estado de sus sandalias, y sin levantar la cabeza murmuró:

—¿Cómo va eso, compañero?

Sherman reconoció al instante su voz.

—¡Dick!

—Voto al infierno, muchacho, no grites.

—¿Qué estás haciendo aquí, Dick? Es una locura.

—¿No recuerdas que me correspondían las vacaciones? He venido a pasarlas aquí.

—Te descubrirán si intentas hacer algo.

—Quizá haya suerte.

—Lárgate ahora que puedes.

—¿Qué ha sido de Rosalie?

—Nos sorprendieron cruzando el río un puñado de nyamusas. Nos separaron y no la he vuelto a ver.

—¿Qué es lo que van a hacer contigo?

—Nos meterán a los tres en los calabozos del cuartel, con los demás prisioneros. Eso es lo que nos dijo un sargento al llegar.

—Debes preparar a la gente. Intentaré libertaros en el momento propicio.

—No lo hagas. Escapa tú.

—Es asunto decidido. O todos o ninguno. Buena suerte, compañero.

Winter se levantó, regresando junto a Anne.

La joven preguntó:

—¿Qué le ha dicho?

—Poca cosa. Ignora lo que han hecho con Rosalie. Venga conmigo. He de dejarla en algún sitio seguro.

Abandonando la plaza se internaron por una callejuela. A mitad de ella había una alfarería abierta, a cuya puerta se sentaba un árabe anciano.

Dick creyó haber encontrado lo que buscaba y tras cambiar el saludo de ritual, declaró:

—He venido a la ciudad para hacer unas compras y mi mujer me ha acompañado, noble comerciante. Las calles están llenas de gente belicosa y es peligroso el tránsito para una delicada criatura. ¿Querrás cobijarla bajo tu techo hasta que yo vuelva por ella?

El anciano miró el medio rostro de Anne descubierto por el velo y luego sonrió a quién le había hablado, replicando:

—Lo haré por Alá, augusto señor. El virtuoso es doblemente feliz al guardar sus más delicados tesoros.

Winter dirigió una mirada a los profundos ojos de la joven y giró sobre sus talones retrocediendo hacia la plaza.

Ya en esta y al comprobar que Sherman había desaparecido, caminó con paso firme hasta llegar junto a la puerta del cuartel.

Un rebelde le apuntó con el fusil y él le alargó el salvoconducto de que lo había provisto Jalel el Zain.

El centinela llamó a un sargento, quien observó también la tarjeta y, tras escrutar el rostro de quien la presentaba, dijo en idioma baggara:

—Un soldado te acompañará hasta el lugar de la reunión. Puedes pasar.

El sargento requirió a un indígena y este, luego de recibir la oportuna orden, guio a Winter a través de las galerías de un patio hasta detenerse ante una puerta custodiada igualmente por dos centinelas.

Hubo un nuevo examen de la credencial y uno de los guardianes desapareció con ella por la puerta. Al regresar a los pocos minutos, indicó con la mano al visitante que podía pasar.

Dick penetró en una gran sala a cuyo fondo había una larga mesa. Alrededor de esta se sentaban seis hombres de color. Eran jefes de otras tantas tribus.

Todos ellos se habían puesto encima sus mejores galas.

El sillón presidencial estaba vacío.

Los indígenas observaron detenidamente al recién llegado, el cual tras una zalema dirigida a todos ellos ocupó una de las sillas.

Transcurrieron varios minutos sin que nada viniese a turbar el silencio que reinaba en el salón.

De pronto se oyó el chasquido de una cerradura, ruido de pasos, y se abrieron unas cortinas apareciendo dos hombres.

Uno de ellos era un negro con uniforme de oficial. El otro era Marcelo Lualdi, el ingeniero de minas italiano que acompañaba a Dereck Parker en Juba.

CAPÍTULO X

Los seis jefes y Winter se pusieron en pie.

Lualdi dirigió una mirada escrutadora a los rostros de los asistentes y después se sentó en el sillón presidencial. Los demás ocuparon sus sillas.

El indígena vestido con uniforme miró atentamente a Dick y, tras fruncir el ceño, preguntó en idioma baggara:

—¿Por qué no ha venido tu jefe?

Winter contestó sin vacilar:

—Soy Hachi el Atasi. Jalel el Zain no ha podido venir por hallarse enfermo.

Lualdi hizo un gesto de impaciencia, diciendo en inglés:

—Trajo el salvoconducto, ¿no es eso?

El otro asintió, meneando la cabeza.

—Pasemos entonces al motivo principal de esta reunión —concluyó el italiano, abriendo una carpeta que tenía ante sí, de la que extrajo un mapa del Sudán.

Pasó unos minutos estudiando la carta geográfica y finalmente declaró, levantando la mirada hacia su ayudante que hacía de intérprete:

—Comunique a los jefes que la rebelión ha triunfado en todo el territorio del Sur, Dago.

El llamado Dago empezó a hablar a cada uno de los jefes en su respectiva lengua. Dick escuchó cuando le tocó el turno y entonces opuso:

—Los árabes baggara tenemos noticias de que Juba se ha mantenido fiel a Jartum.

Dago hizo una mueca y Lualdi debió darse cuenta de que algo imprevisto ocurría, porque preguntó al intérprete:

—¿Qué dice ese hombre?

—Que los de su tribu están enterados de que Juba no está con nosotros.

El italiano clavó sus acerados ojos en los de Winter, y murmuró, sin apenas mover los labios:

—Pregúntele cómo se ha enterado.

Dago interrogó como le ordenaban y el policía respondió:

—Nos enviaron un emisario de Juba ayer para pedirnos que no colaborásemos con vosotros.

Lualdi se puso lívido cuando le fue transmitida la noticia.

—¿Y cuál ha sido la respuesta de su jefe a ese emisario? —quiso saber.

Lo que Winter contestó fue:

—Mi presencia en esta reunión indica el sentimiento de los árabes baggara.

No quiso llevar más lejos su actitud por cuanto, de persistir, se hubiera buscado un serio problema.

Zanjado el incidente, Lualdi abrió el mapa sobre la mesa y empezó a hablar en inglés:

—El hecho de que la revolución haya triunfado en Ecuatoria nos obliga a extenderla inmediatamente a las provincias hermanas del Alto Nilo y de Bahr el Ghazal. El ejército de Torit está dispuesto a llegar triunfante hasta los límites de las tres provincias. Cuando nuestra bandera ondee en Malakal, podremos decir que nuestros objetivos han sido cumplidos. En el Alto Nilo y Bahr el Ghazal hay centenares de tribus que están esperando nuestra proximidad para levantarse contra el yugo de Jartum. Miles de guerreros están ansiosos de pelear codo a codo con sus hermanos eliri, shillucks, árabes baggara, y todos cuantos se han comprometido con los soldados de Torit a luchar contra los invasores...

A medida que Dago fue transmitiendo la arenga, cada jefe dio muestras de conformidad con las ideas de Lualdi.

Winter se limitó a mover la cabeza de arriba abajo, preguntándose en qué pararía aquella parodia de la O.N.U.

El italiano prosiguió:

—Necesitamos, pues, avanzar sin pérdida de tiempo hacia el Este y el Norte. Para conseguirlo hemos decidido dividir nuestras fuerzas en dos columnas. Una partirá de Yeí y la otra de Torit. A cada columna se irán uniendo las tribus que encuentre al paso. Vosotros sois los jefes de los pueblos que han de combatir con la columna que sale de Torit.

Lualdi hizo una nueva pausa para que Dago cumpliera su cometido, reanudando poco después su exposición:

—La expedición que salga de Yeí se dirigirá a Amadi, Rumbek y Uau. La que parta de Torit subirá por los pantanos de Lotilla hasta Fuerte Bruce y de allí continuará por Karatong hasta alcanzar Malakal. Este último itinerario es el que interesa especialmente a los que estamos aquí. Cada tribu ha de sumarse al paso de la columna, ocupando la retaguardia. Ambas expediciones saldrán mañana al amanecer de Yeí y Torit.

Dago comunicó a los jefes el plan de operaciones y luego el

italiano preguntó si alguien tenía que aclarar alguna cuestión.

Winter hizo una señal acogiéndose a tal oportunidad. Tras aclararse la voz, preguntó:

—¿Qué es lo que se va a hacer con los prisioneros capturados?

Cuando Lualdi fue informado por el intérprete del contenido de la pregunta, miró a Dick con ojos inquisitivos.

—Serán sometidos a un trato diferente según el relieve de los cargos que existan contra ellos —contestó.

—¿Qué cargos pueden hacerse a los hombres que hayan ejercido funciones en nombre del Gobierno? —preguntó de nuevo Winter.

—Basta con uno —fue la respuesta de Lualdi—. El de su misma colaboración con los invasores.

El policía renunció a que se le aclarase el término de «invasores». Una cosa en concreto había sacado de aquel corto diálogo. Que debía hacer todo lo posible por libertar a Sherman y los demás cautivos si quería evitar su muerte.

Lualdi se levantó, dando por terminada la reunión.

Pero en ese instante Winter se dirigió de nuevo a Dago:

—Mi jefe Jalel el Zain me encargó diese cuenta que no tenemos bastantes armas de fuego.

El italiano contestó en un inglés excitado:

—Dile a este árabe que las armas fueron repartidas proporcionalmente al número de sus guerreros.

Pero Dick no se dio por conforme.

—Los árabes baggara necesitan veinte fusiles más, Dago —declaró—. Díselo así. ¿Qué son veinte fusiles para una revolución como la que se ha iniciado?

Lualdi saltó como si hubiera puesto la planta del pie sobre una plancha ardiente. Lanzó una maldición, pero al ver la actitud impasible del que conocía como Hachien el Atasi se serenó, indicando a Dago:

—Acompañale abajo y que le den los veinte fusiles que pide.

Winter sonrió al escuchar al intérprete para dar la impresión de que verdaderamente no conocía el idioma inglés.

Salieron todos de la estancia y, una vez fuera, Winter siguió a Dago por el patio. Cruzaron una puerta vigilada por un soldado y, después de bajar una escalera, se encontraron en el arsenal.

Un hombre se hallaba de espaldas, ordenando a unos indígenas que colocasen varios cajones en un rincón.

No obstante, Dick lo reconoció.

Era Frank Craig.

CAPÍTULO XI

Dick no pudo evitar un estremecimiento.

Pensó en lo cerca que estaba ahora de que todo cuanto había hecho no sirviese de nada. Bastaría con que Craig lo reconociese.

El cazador, al oír pasos detrás, se volvió. Sus ojos pasaron rápidamente por la cara de Winter, deteniéndose en la de Dago.

—¿Qué es esto? —exclamó, de mal humor, en inglés—. ¿No sabes que está prohibida la entrada aquí?

—Lualdi me ha ordenado acompañe al baggara —dijo Dago—. Has de entregarle veinte fusiles.

—Quieren más armas, ¿eh? —Craig observó nuevamente a Winter, quien se mantenía en la actitud de no entender lo que se estaba hablando—. Y son árabes baggara... Ya me imaginaba que estos puercos no tendrían bastantes con los que les di... Son los de menos agallas...

—Cuidado, Craig —le advirtió Dago, receloso—. Puede conocer algunas palabras y saber que lo estás insultando.

—Solo Jalel el Zain sabe inglés. ¿Quién es este? —el cazador arrugó los ojillos sin apartarlos de la faz de Dick.

—Se llama Hachien el Atasi. Trajo el salvoconducto que le dimos a su jefe.

—Sí; su cara no me es desconocida. Lo he visto muchas veces en sus oasis —Craig hizo una pausa.

Winter se mantenía inmóvil, sin pestañear. Sabía ahora que mientras no hablase podría considerarse a salvo.

—Está bien —dijo el contrabandista. Luego giró la cabeza hacia los hombres que había al fondo, gritando en el dialecto nuer—: ¡Sacad al patio veinte fusiles!... ¡Del primer cajón que hay a la derecha...!

En tanto los indígenas se ocupaban del pedido, Dick hacía un cálculo mental de la potencia de fuego almacenada.

Por fin fueron llevadas al patio las armas solicitadas y Winter hizo una zalema a Craig, alejándose después hacia la puerta seguido por Dago.

Cuando se encontraban en el umbral, Frank Craig gritó en inglés:

—¡Espera un instante, baggara...!

Dick tuvo la suficiente serenidad y rapidez mental para

continuar andando.

—¡Eli... espera! —llamó Craig, ahora en el dialecto árabe.

Winter se detuvo, pero tardó algunos segundos en volverse. Los suficientes para meter la mano bajo su ropa y apretar el mango del cuchillo colocado bajo el cinturón. Estaba dispuesto a hundirlo en el pecho del cazador tan pronto como este lo desenmascarase.

Craig llegó a su lado.

Ambos se miraron fijamente.

—Te llamas Hachien el Atasi, ¿eh?

Dick afirmó con la cabeza, mientras sacaba el cuchillo del cinturón.

Su interlocutor añadió:

—Pues le vas a decir a tu jefe que ha tenido suerte. Esos veinte fusiles son las mejores armas que he traído a Torit... ¡A ver si mata muchos soldados de Jartum con ellos...!

Winter hizo un nuevo saludo y salió de la estancia.

Al hallarse en el patio dio un suspiro de alivio.

Dijo a Dago que tenía dos camellos en la plaza y el intérprete ordenó a los indígenas auxiliares que colocasen las armas sobre los animales.

Mientras realizaban esta operación, el policía estudio el terreno.

Al fondo del patio, en el ala izquierda, había media docena de soldados. Unos estaban sentados, otros de pie.

Sus fusiles se apoyaban en el muro.

Dick pensó que estarían esperando entrar en servicio. Entonces descubrió detrás de ellos una arcada.

Un sargento salió por ella y lanzó una orden. Al instante los soldados cogieron las armas y formaron en fila de a dos. Y otra vez desaparecieron por la arcada.

Winter observó que ya regresaban, precedidos por Dago, los que habían llevado los veinte fusiles a los camellos.

En ese instante oyó también ruido de pasos. Seis soldados salieron por dónde los otros se habían ido. Era evidente que por aquella parte estaban los calabozos.

Tranquilizado a ese respecto, se despidió de Dago y abandonó el cuartel.

Ya en la plaza, levantó los camellos y se dirigió a la casa en que había dejado a Anne Granger.

El anciano lo recibió con las mismas muestras de afecto que antes.

—Alá te pague con sus mejores dones tu favor, noble comerciante —le dijo Dick.

—El guardar un tesoro, aunque sea de otro, hace feliz a un creyente —contestó el vendedor con una sonrisa.

—Tengo en alta estima mi tesoro, venerable, pero temo que el viaje que hemos de realizar ahora marchite su hermosura para cuando lleguemos de noche a nuestro oasis.

—Es cierto. El sol del desierto quema las más bellas flores. ¿Y por qué habéis de viajar ahora? ¿Por qué no esperáis a que la brisa del Sur os acompañe? Podéis quedaros en mi casa...

—No es justo que abusemos de tu hospitalidad.

—Olvidad eso y tomad posada bajo mi techo.

—El caso es que no puedo dejar mis camellos en la calle. Como ves, he comprado unas armas para mis hombres.

—En la puerta trasera de la casa tengo un recinto para los animales. Aquí tienes la llave. Da la vuelta y deja los camellos allí.

—No sé cómo pagarte tus favores.

—Oh, no hables de agradecimiento, noble señor. Si después de dejar los camellos te internas por un corredor, saldrás a un jardín que será de tu agrado.

—Así lo haré porque estoy deseoso de un descanso.

Winter se separó del anciano y, siguiendo las instrucciones recibidas, encontró el recinto donde albergó a los camellos.

Luego cruzó el pasillo y salió al jardín.

En verdad este era maravilloso, un rincón del paraíso. Macizos de flores policromadas lo inundaban, embalsamando el aire de los aromas más embriagadores. Al centro se levantaba una fuente cuyo ancho surtidor arrojaba el agua que después se deslizaba por unos canales que llegaban hasta lo más profundo del vergel.

Dick se internó por un sendero escuchando los trinos de los pájaros que revoloteaban por el follaje.

De pronto se detuvo.

A unas cinco yardas había visto a Anne.

Ella no podía verlo a él. Dormía. Se había despojado del velo.

Hallábase tendida bajo la sombra de un álamo en un lugar donde crecía una fresca hierba.

Dick se acercó sin dejar de mirar el bello rostro.

Se sintió tan fuertemente atraído que hincó una rodilla en tierra y cogió entre sus dedos un rizo de los cabellos de la joven.

Luego deseó más.

Quiso besar aquellos rojos y frescos labios.

Agachó la cabeza y, de pronto, Anne abrió los ojos.

Dick detuvo el instintivo movimiento.

—¿Por qué no lo termina? —inquirió, con voz suave, la hembra.

El policía repuso:

—¿Lo quiere usted?

—¿Necesita que se lo diga?

El pasó el brazo por su frágil cintura, la atrajo contra su pecho y besó la entreabierta boca.

Al separarse, Dick requirió:

—Dígame una cosa.

—¿Qué es ello?

—¿Ha simulado el sueño?

La muchacha frunció el entrecejo.

—¿Es posible que piense ahora en eso, Richard Winter?

—Contésteme.

Anne le dio un empujón alejándolo de sí y se incorporó hecha una furia.

—¡Creí que era de carne y hueso, teniente!

—¡Y lo soy! Está interpretando mal mi pregunta.

—¡Usted es quien ha estropeado la escena! ¡En mi vida había tenido esta oportunidad de parecer una estrella de Hollywood...!

—¡Así que todo era comedia! —exclamó él, ahora también con rabia.

—¡Déjese de tonterías!

—¡No lo son para mí! Por lo visto, está acostumbrada a estos juegos...

La indignación de Anne fue tan grande que las palabras se le atropellaron en la boca.

—¡Usted!... —exclamó al fin—. ¿Qué tiene que decir de mí? ¡Ande, acúseme de algo! ¿En qué se basa, si no, para ofenderme de esa forma?

—¿Cómo pudo aceptar el empleo del tipo que la abandonó en Meridi? ¿Es que no sabía lo que había detrás de su oferta?

Las mejillas de Anne se tiñeron de rojo.

—¡Es usted odioso, señor Winter!... ¿Quién le ha dicho que él me abandonó?... ¡Fui yo quien lo dejó plantado!... No me creyó cuando se lo conté en su oficina, ¿eh?... Ahora comprendo la opinión que tiene de mí... Me ha creído una aventurera.

—Escuche, yo...

—¡Piensa que me gano la vida yendo de un lado a otro esperando el mejor postor!

—Le advierto que...

—¡Decidió mal cuando se vino a África, porque Rosalie se había casado con Dereck Parker! ¡Creyó que todas las mujeres eran como serpientes porque tuvo usted la desgracia de conocer a una que

hubiera engañado al mismo Marlon Brando!... No, no acertó al elegir el Sudán como refugio... porque, ¿sabe dónde tendría que haberse marchado, señor Winter?... ¡Yo se lo diré!... ¡A la isla desierta más cercana al Polo Sur...!

Anne se volvió bruscamente e inclinó la cabeza entre las manos, sollozando.

Dick se mordió el labio inferior, deseando que la tierra se abriese y lo tragase.

Al cabo de un minuto se acercó lentamente a la joven.

—Lo siento, Anne... Es posible que tenga mucha razón en todo lo que ha dicho... No sé de qué modo disculparme...

Anne contestó gimiendo:

—No se dis... culpe. En cuanto... termine de llorar... nos separaremos.

—Eso no puede ser. Recuerde que hemos de salir juntos.

—Antes que seguir con usted... soy capaz de ser la decimosexta mujer... de Mohamed el Obeid...

—Comprendo su estado de ánimo, pero le ruego me escuche. En cuanto acabe esta aventura no la volveré a molestar. He conseguido que el comerciante nos dé albergue hasta la noche. Cuando se oculte el sol abandonaremos la casa. Usted tendrá que esperarme en algún sitio que ya elegiremos. Yo entraré en el cuartel general de los sublevados para libertar a Sherman y los demás prisioneros...

Anne se volvió secándose las lágrimas con el pañuelo y preguntó hipando:

—¿Cómo lo va a conseguir?...

—Me he hecho con veinte fusiles que volveré a entrar conmigo. Así la cosa resultará más fácil... si logro abrir las puertas de los calabozos.

—¿No cree que es un plan disparatado?

En ese instante el comerciante apareció sonriendo por el recodo del sendero.

—Cuidado, Anne... —advirtió Dick.

La joven terminó de hipar y se puso rápidamente el velo.

El anciano anunció desde lejos:

—La comida está esperando, noble huésped...

Aprovechando que el comerciante dio la vuelta, Anne dijo a Dick en voz baja:

—¿Por qué no se dirige ese hombre también a mí? Cuando me dejó sola con él creí que descubriría la superchería al hacerme la primera pregunta. Pero ni siquiera me ha hablado una vez.

—La dejé con él en la seguridad de que no tenía nada que temer.

Para estos árabes la mujer de otro es cosa sagrada, hasta el punto de estar prohibido dirigirle la palabra... Pero, de todas formas, no me hubiera decidido a encomendársela si él no fuera un anciano.

Los ojos de la hermosa se cargaron otra vez de furia y Winter, al notarlo, se apresuró a añadir:

—¡No lo vuelva a interpretar en el mal sentido! Siempre he estado de acuerdo con mi amigo Sherman en una cosa.

—¿En qué? —preguntó ella, retadora.

—En que usted es pura dinamita.

CAPÍTULO XII

Habían salido de la casa del comerciante al anochecer y recorrieron varias calles sobre los camellos para elegir un lugar en donde Anne pudiera quedarse mientras él corría la gran aventura.

Dick no quiso pedir a su anfitrión una prórroga de estancia por cuanto hubiera significado complicarle en los actos que iba a realizar y, de salir estos mal, habría correspondido con un mal pago a su generosidad.

Al fin dieron con una posada que parecía no albergar muchos huéspedes, a juzgar por la tranquilidad que reinaba en el patio que se divisaba por el ancho portalón de entrada.

Transpusieron el umbral. Unas lámparas de aceite situadas sobre unas mesas de rústica fabricación iluminaban mortecinamente el patio.

Dos indígenas que Winter identificó como morus se contaban sus cuitas en una de las mesas.

Bajaron de los camellos. Dick había empaquetado tras la silla del suyo los fusiles que Frank Craig le había proporcionado aquella mañana.

El posadero, un sirio de nariz aguileña, acudió al encuentro de los viajeros haciendo una profunda reverencia.

—Bienvenidos a mi humilde casa, magníficos señores.

—Soy un tratante en ganado y esta es mi cuarta mujer, posadero —dijo Winter—. Quiero una habitación, la mejor que tengas.

—Serás complacido, señor.

—Mi cuarta mujer permanecerá en ella unas horas para descansar. Hemos de salir a medianoche de la ciudad y nos aguarda un largo viaje. Mientras ella reposa, yo he de ultimar un negocio.

—Yo lamentaré que la estancia en mi posada de tan augustas personas sea corta.

—Ve a preparar la habitación.

El sirio se retiró haciendo otra reverencia.

Cuando los dos jóvenes quedaron solos, Dick dijo:

—Bien, Anne. Hemos de despedirnos aquí...

—¿Despedirnos? —repitió la muchacha, turbada.

—Prefiero ser pesimista. No ignoro que mi empresa es arriesgada. Si a las doce de la noche no he vuelto, ha de montar sobre el camello y partir sola.

—¿Cómo podría huir? No conozco el país y creo que no me dejarán salir tan fácilmente.

—Torit no es un recinto amurallado. ¿Se acuerda de cuando entramos esta mañana? Amparándose en las sombras podrá escapar si se lo propone. Cuando esté fuera siga la dirección Oeste. Al llegar al Nilo Blanco siga por la orilla el curso natural de las aguas y pronto se encontrará en Rediaf. De allí a Juba solo hay unas pocas millas—. Dick metió la mano bajo la ropa y sacó su pistola—. Tome el arma. Le ayudará a ser valiente.

—¡De ninguna forma! ¡Usted la necesita más que yo!...

—Déjese de tonterías. Yo tengo veinte fusiles.

—¡Pero no podrá utilizar ninguno hasta que haya reducido a los centinelas! ¿Cómo va a lograr esto?

—Si tuviera que disparar contra ellos, no adelantaría nada. He de emplear la astucia. Me hace un favor llevándose la pistola. Así no caeré en la tentación de abrirme paso con ella. Vamos, cójala...

La muchacha tomó el arma con vacilación, no muy segura de hacer lo más conveniente.

Volvió el sirio indicando que la habitación estaba preparada y Dick acompañó a Anne para informarse de la ubicación de aquella en la casa por si ocurría el milagro de que él pudiera regresar antes de la hora señalada.

Se despidieron definitivamente allí mismo, cambiando un apretón de manos.

Winter bajó al patio, pagó al posadero, cogió las bridas del camello y echó a andar, abandonando la posada.

Minutos más tarde se aproximaba a las puertas del cuartel cuando le dieron el alto.

Se detuvo y un centinela se le aproximó, apuntándole con el fusil.

Una hoguera elevaba sus llamas a la entrada del recinto.

Dick contaba con que la guardia de la mañana habría sido relevada.

—¿Qué quieres? —le preguntó el soldado en el dialecto moru.

El respondió:

—Los árabes baggara peleamos esta tarde con una patrulla que llegó de Juba. Los derrotamos y cogimos sus fusiles. Aquí los traigo para entregarlos a los jefes de Torit.

—¿Y los hombres de Juba?

—Preferimos no hacer prisioneros. Muertos están mejor.

El moru sonrió abriendo una gran boca.

—Lo mismo haremos con todos los demás que envíen contra

nosotros —repuso—. Avisaré a mi compañero para que te conduzca al cuerpo de guardia.

Llamó a otro soldado y tras explicarle el acontecimiento, Dick pudo entrar en el cuartel.

El cuerpo de guardia estaba a pocas yardas de la puerta. En una pequeña habitación había tres soldados bebiendo café. El que acompañaba a Winter desapareció por una puerta interior, diciéndole que esperase. Pocos minutos después volvió a reaparecer, invitándole a entrar.

El sargento también era moru. Estaba sentado y observó a su visitante de pies a cabeza.

—¿Es cierto lo que me han dicho, baggara?

Winter esperó a que el soldado saliese para contestar:

—Lo es, sargento. Fuera tengo mi camello con los fusiles.

—Siempre he dicho que los hombres del Norte son unos cobardes. Algún día seremos nosotros los que estemos en Jartum.

El policía se hizo el sorprendido.

—Creí que nuestro objetivo terminaba al librar la provincia del Alto Nilo.

—Nuestros jefes se contentan con eso por ahora, pero cuando obtengamos... —el moru hizo una pausa—. Voy a hacer un informe de vuestra hazaña. Ve contándome lo ocurrido.

El sargento se volvió dando la espalda a Dick y cogió una pluma, comenzando a escribir sobre el papel.

—Empieza, baggara...

Winter aceptó la orden. Sacó el cuchillo, acercóse a su interlocutor y, rodeándole el cuello rápidamente con el brazo, le aplicó la punta de la hoja en la garganta.

—Si das un grito eres hombre muerto —advirtió con voz fría.

El moru se quedó petrificado, desorbitando los ojos.

—¿Vas a hacer cuanto te ordene, sargento?

El aludido meneó la cabeza en sentido afirmativo.

Dick le quitó la pistola que tenía en el cinturón y apuntóle con ella tras guardar el cuchillo.

—¿Qué es lo que quieres, baggara?

—Es preferible que no hagas preguntas. Me vas a acompañar adonde se hallan los prisioneros. Irás delante de mí. El ojo de esta pistola no dejará de mirar tu espalda. Si descubro en ti el menor movimiento, te mataré sin vacilar.

—Quiero vivir largos años.

—Entonces, obedéceme en cuanto te ordene. ¡Vamos, ponte en pie y sal fuera!... ¡Ya sabes el camino!

El moru se incorporó y echó a andar.

Pasaron por la pieza contigua donde los soldados se enderezaron para saludarlo, y salieron al patio, dirigiéndose después a la arcada del fondo.

Cruzaron un largo corredor que les condujo ante una puerta de hierro junto a la cual prestaba guardia un centinela.

—¡Llama dentro para que abran! —ordenó el sargento.

El centinela así lo hizo y, segundos más tarde, tras cambiar una consigna, la puerta fue franqueada.

Un cabo miró con ojos curiosos al sargento y su acompañante.

—¿Qué queréis?

Winter sacó la pistola, contestando:

—La libertad de los prisioneros.

El otro no despegó los labios hasta recobrase de la sorpresa.

—Esto te costará caro, baggara. ¿Crees que vas a conseguir que escapen?

—No te preocupes de eso —repuso Dick—. Condúcenos a las mazmorras.

El cabo se encogió de hombros.

Se encontraban en otro pasillo que resultó desembocar finalmente en las celdas, ante las que se hallaban vigilantes dos soldados.

El cabo, no más llegar allí, gritó:

—¡Cuidado! ¡Es un enemigo!

Uno de los centinelas se echó el fusil a la cara, pero Winter disparó, derribándole fulminantemente.

Su compañero arrojó el arma levantando los brazos.

—¡No lo repitas! —advirtió Dick, al que había dado la voz de alarma—. ¿Y los otros guardias? Sé que hay más.

—Están en la parte trasera. No han podido oír el estampido.

—Eso ya lo veremos. ¡Abre las celdas!

Los prisioneros habían empezado a moverse tras el disparo. Las celdas construidas para albergar dos o tres presos estaban abarrotadas de cautivos.

—¡Dick!... —oyó el oficial la voz de Sherman.

Estaba en la tercera mazmorra.

El cabo abrió la primera puerta y al salir los prisioneros, todos de color, uno de ellos le quitó el llavero y continuó su trabajo.

—¡Silencio! —pidió Winter—. ¡He venido solo y ahora nos toca poner en práctica la parte más difícil del programa...!

Tres oficiales nordistas se hicieron cargo de las armas de los guardianes y colocáronse junto a su salvador.

Al fin le tocó el turno de salir a Sherman, el cual corrió hacia su compañero para abrazarle efusivamente.

—¿No tienes nada para mí, Dick? Estoy impaciente por enfrentarme a los de fuera.

—¡Escuchad todos! —dijo el teniente, alzando la voz—. En el patio, a la puerta del cuerpo de guardia, hay un camello con veinte fusiles. Hemos de ir por ellos... pero en silencio. Encerrad primero a estos hombres.

La orden fue rápidamente cumplida. Los treinta liberados se pusieron en marcha precedidos por Dick, quien al llegar junto a la puerta de hierro llamó y dio la consigna oída anteriormente. Apenas el centinela del exterior hubo abierto, fue levantado por el aire, metido de cabeza dentro e inmovilizado.

—Atención ahora los que tenéis armas —advirtió Winter—. Salid detrás de mí y confundíos con las sombras de la pared. Tenéis que llegar al cuerpo de guardia al propio tiempo que yo, que iré por el patio. Es imprescindible no se dispare un tiro o se lanzarán sobre nosotros unos cuantos centenares de rebeldes en menos que canta un gallo... Allí hay que reducir a otros cuatro soldados e inmediatamente repartiremos los fusiles que he traído. Con los del cuerpo de guardia creo que quedaremos todos armados...

—¿Y después? —inquirió uno de los oficiales indígenas.

—Lo decidiremos sobre la marcha.

El plan se llevó a la práctica sin un solo fallo.

Los soldados fueron sorprendidos y reducidos, y repartieron las armas entre los cautivos.

Winter se mostró ahora más atrevido, en vista del éxito inicial. La ambición de dar un golpe sonado en el cuartel general de los rebeldes lo impulsó a llevarse consigo a Sherman y a uno de los oficiales para eliminar al centinela de la entrada.

El propio Dick privó del sentido al guardián y el oficial ocupó su puesto.

Realizado este acto, los dos amigos volvieron junto al grueso de las fuerzas reunidas en las dos habitaciones del cuerpo de guardia.

—Necesitamos cabalgaduras para huir de Torit—. Indicó Winter.

Cinco de los liberados habían prestado sus servicios en aquel cuartel e informaron a Dick de que ellos, con ayuda de media docena de hombres, podían encargarse de conseguir caballos de las cuadras.

Se aprobó la propuesta, decidiéndose que quince minutos más tarde acudirían todos a las cuadras, de donde saldrían por una puerta trasera hacia el campo libre. Mientras el grupo elegido se

dirigía a cumplir tal misión, Winter ordenó a Sherman que se hiciese cargo del mando de los que quedaban.

—¿A dónde vas? —le preguntó Tom.

—Aquí están los jefes de la revuelta, ¿no, muchacho? —repuso Winter—. Desearía echar una parrafada con Craig y con Lualdi, el ingeniero de minas amigo de Dereck Parker...

—¿Lualdi?...

—Sí, compañero. Escucha esto. Si dentro de catorce minutos no estoy aquí, continúa desarrollando el plan. Saldréis del cuartel. Tú cogerás a dos hombres y mientras el resto se dirige al Oeste, vosotros iréis a la posada que está tres calles más allá del extremo angosto de la plaza. La encontrarás enseguida. Es la única que hay por esa parte. Allí espera Anne Granger. Llévatela contigo.

—Pero, Dick...

—Considéralo una orden, muchacho —Winter levantó ahora la voz, preguntando—: ¿Hay alguien entre vosotros que conozca las viviendas de los jefes?

Era costumbre antigua en el Sur construir los cuarteles con un ala destinada a vivienda de los altos cargos.

Un soldado shilluck respondió:

—Fui capturado al sur de Tarangole y cuando me trajeron aquí me llevaron a presencia de un europeo para que le hablase sobre las fuerzas que teníamos en Fuerte Knott.

—¿A dónde te condujeron?

—A una habitación de la parte derecha. Hay que subir una escalera.

—Ven conmigo.

El shilluck lo condujo hasta el comienzo de la escalera, en otro rincón del ancho patio, completamente a oscuras.

El edificio solo contaba con un piso y subieron a él, deteniéndose ante una puerta por cuyo resquicio inferior se filtraba luz. Winter ordenó al shilluck que regresase con los de abajo. Al quedar solo intentó infructuosamente abrir la puerta haciendo girar el picaporte. Entonces llamó.

Transcurrido un rato oyó pasos en el interior, que se acercaban.

—¿Quién es? —preguntaron desde dentro en el idioma moru.

—¡El sargento de la guardia! —repuso Dick—. Acaba de llegar un mensajero.

Al ser abierta la puerta apuntó con la pistola al indígena que había al otro lado.

Penetró en el interior ante la estupefacción del moru, hallándose en una larga estancia con puertas a los lados.

—¿Dónde está Lualdi?

Cuando el interrogado señaló la segunda puerta, añadió:

—Ponte de cara a la pared.

El indígena dio la vuelta y Winter lo golpeó suavemente en la cabeza, sosteniéndolo para que no se hiciese daño al caer. Después de dejarlo en el suelo se dirigió a la habitación indicada.

La puerta correspondiente no estaba cerrada con llave y la abrió penetrando en el interior.

Sentados en sendos sillones, se hallaban Marcelo Lualdi y Dereck Parker.



Emprendió una galopada llevando tras sí a su víctima.

CAPÍTULO XIII

Dereck se levantó de un salto mirando con ojos asustados la pistola que esgrimía el extraño visitante.

—¿Qué es esto? —inquirió en inglés.

Lualdi repuso con voz opaca:

—Este hombre debe de haberse equivocado. Déjalo de mi cuenta.

—He venido sobre seguro —afirmó Winter, en su lengua natal también.

Parker y Lualdi aumentaron su asombro.

—Ya me pareció que su historia de los veinte fusiles no era muy digna de crédito —dijo el italiano, mordiéndose el labio inferior.

—Los necesitaba para armar a los prisioneros —retrucó Dick.

—¿Qué dice?

—Los acabo de libertar...

—¡Es Richard Winter, Lualdi! —exclamó, de pronto, Parker.

—¿Winter? ¡No puede ser!

—Lo soy —asintió el aludido—. Tuve que disfrazarme, naturalmente, para llegar aquí.

Dereck pareció recobrar la serenidad.

—Otra vez frente a frente, ¿eh, Dick?

—Sí; parece que el Destino se obstina en reunimos.

—Hasta ahora salí yo victorioso.

—Eso es lo que tú crees —contestó Winter, recordando la confesión de Rosalie.

Parker sonrió.

—¿Qué vas a hacer, Dick? ¿Matarnos?

—Dependerá de vosotros. Vais a venir conmigo a Juba.

—No podrías llegar nunca a Juba. Tenemos varios miles de hombres para impedirlo.

—Lo veremos. Quiero que el Mayor Robson escuche vuestra confesión. La juzgará muy interesante.

—¡Tira esa pistola, Richard! —ordenó de repente la voz de Rosalie, a espaldas de Winter—. ¡Tírala o disparo!

Dick dejó caer su arma, maldiciéndose interiormente por no haber tomado todas las ventajas.

Rosalie apareció ante él con una automática en la mano. Sonreía jactanciosamente, poseída de sí misma.

—Buen trabajo, ricura —comentó Dick—. ¿No te llamaba así en otro tiempo?

Dereck soltó una risita sardónica y murmuró:

—Al parecer no tienes mucho éxito, muchacho. Estás perdiendo facultades.

—Rosalie nunca te ha querido, Parker —dijo Winter—. En realidad, no ha querido a nadie. Solo ha vivido para hacer su capricho. Se quedó en Juba creyendo que yo podía sentir todavía algo por ella. Por eso me odia.

—¡Cállate! —gritó la joven.

—Adivino en tus ojos tu intención de matarme, ricura. ¿No es justo que se deje hablar a los condenados a muerte?

—¿Qué es lo que tienes que decir? —preguntó Dereck.

—Algunas cosas. Por ejemplo, que estoy seguro de que ella es quien te ha metido a ti en este mal paso. Porque has de saber, Dereck, que no podréis salir adelante.

—Te equivocas, Dick. Fue Lualdi.

—¿Y quién te presentó a Lualdi?

—Fue Rosalie.

—¿No ves qué sencillo resulta? Ella y él. Te han traicionado miserablemente, Dereck. Has sido un juguete en manos de un canalla y una...

—¡Dilo y acabo contigo ahora mismo! —rugió la hembra con fiereza.

Parker dio unos pasos hacia su esposa.

—Conociste a Lualdi en París, ¿no, Rosalie? Fue cuando me fracturé el tobillo y estuve dos meses en nuestra casa de campo. Te mandé a Francia para que resolvieras en mi nombre unos asuntos...

—¡Deja eso! Winter lo ha dicho para provocar tus celos.

—No, querida. Ahora recuerdo que te llamé durante tres noches consecutivas y no estabas. Me dijiste que jugabas al póker en un casino...

—¡Olvídalo, Dereck!

—¡Ahora veo claro!... ¡Tú y este sucio italiano! —Parker lanzó una histérica carcajada—. ¡A mí!... ¡Me has engañado a mí!

El pecho de la bella se agitó convulsivamente.

—¡Está bien! —gritó—. ¡Es cierto!... ¿Y qué?... ¿Es que todavía no te has dado cuenta?... Me casé con tu dinero, no contigo... Eres débil, Dereck, indeciso, sin voluntad... ¡Yo adoro el poder, la fuerza, el vigor!... ¡Todo lo que tú no has tenido...!

El rostro de Parker fue adquiriendo la palidez de la muerte. Lenta, muy lentamente, movió la mano hacia la pistola que tenía en

el cinturón. Pero no llegó siquiera a tocar la culata.

Sonó un estampido.

Lualdi era quien había disparado.

Dereck se contrajo al recibir el proyectil en un costado. Miró a Rosalie con ojos desorbitados y se desplomó, quedando exánime.

En ese instante llegó un fuerte tiroteo del patio.

El italiano sonrió aviesamente.

—¿Lo oye, Winter? Los prisioneros no gozarán mucho tiempo de la libertad que usted les ha proporcionado...

El fuego de las automáticas arreció en intensidad.

—Hay algo que no comprendo —dijo Richard—. Y ya que voy a morir podrían satisfacer mi curiosidad...

—Haga su pregunta.

—¿Cómo se han embarcado en esta aventura?

—Usted desconoce mi historia —contestó Lualdi—. Yo era capitán del ejército italiano que ocupó Etiopía y que más tarde fue derrotado, en el transcurso de la guerra mundial, por las tropas inglesas. Me tuvieron un año en un campo de concentración, al norte de Addis Abeba, hasta que al fin pude escapar. En mi huida llegué al sur del Sudán, donde me enteré de los deseos de muchas tribus respecto a su independencia del Gobierno central de Jartum.

—Yo no estaba todavía en Juba.

—No; pero, aunque hubiera estado, habría sido lo mismo. Operaba clandestinamente y tenía instalado un centro de operaciones en un poblado de Uganda. Desde allí mantenía contacto con las tribus de Ecuatoria, Alto Nilo y Bahr el Ghazal, Conocí a Frank Craig, en quien vi el mejor auxiliar para realizar mis planes. Solo me faltaba una cosa. Dinero. Yo tenía un viejo amigo en Inglaterra. El hombre poseía antes de 1936 una gran fortuna. Pensé que si lograba interesarlo en mi negocio podría llevar adelante la aventura. Marché a Londres y allí sufrí la gran decepción al saber que mi amigo había muerto meses antes, dejando sus bienes a instituciones de beneficencia. Me preparaba para volver cuando, por casualidad, conocí en un salón de té a Rosalie. Nos sentimos fuertemente atraídos. Estaba casada con un hombre de recursos. Nos aliamos y ella consiguió convencer a su marido para que financiase la rebelión... Es cierto lo que ha dicho Rosalie. Dereck carecía de voluntad, era abúlico... Le contamos una tabula. Que el Sudán no quería a Inglaterra y que, por el contrario, deseaba aliarse con Egipto. Si él prestaba su dinero a los del Sur, estos se separarían de Jartum y pedirían a la Corona Británica su entrada en la Commonwealth como Dominio.

—Tenía la corazonada de que Parker no era un traidor —murmuró Winter.

—Al parecer tiene usted una inteligencia brillante.

—A pesar de su suposición, no comprendo todavía el papel que va a desempeñar usted en la hipotética nación independiente.

—No tendré ningún cargo político —sonrió Lualdi—. No me crea tan tonto. Pero seré el hombre fuerte, quien realmente gobierne. Tendré en mis manos la economía del país. Por algo he sido su banquero.

—¿Piensa que Jartum se cruzará de brazos? ¿Y Egipto e Inglaterra?

El italiano rio fuerte.

—Vive usted atrasado, Winter. No está al corriente de las últimas noticias. Hemos conectado esta noche con radio Londres. La noticia del levantamiento ha causado sensación en el mundo entero. El gobierno de Abdel Nasser ha querido mandar tropas egipcias para ayudar a Jartum a sofocar la rebelión. En El Cairo saben que los del Sur son contrarios al partido unionista. Pero su país, su estupendo país, Inglaterra, se ha opuesto a ese envío de tropas, declarando que Jartum debe bastarse para arreglar sus pleitos domésticos... ¿No le parece maravilloso?

—Mi Gobierno es lógico que no quiera intervenir en los asuntos internos de otro país. Es uno de los principios que nosotros llevamos a la carta de las Naciones Unidas.

—Un estupendo principio que yo he tenido en cuenta para poner en marcha mi máquina, teniente. Así como también me he asegurado, una vez lleguemos a Malakal, el reconocimiento del gobierno provisional de la República Meridional del Sudán que allí se forme.

—¿Y si no llegan nunca a Malakal?

—Llegaremos, Winter.

Hubo un silencio en la estancia. Rosalie se había retirado instintivamente junto a una pared para no estar cerca del cuerpo de Dereck.

El tiroteo del patio había cesado.

—Al parecer, sus amigos han dejado de resistir —comentó Lualdi.

—Otros les reemplazarán antes de que pueda cantar victoria —Dick se volvió hacia Rosalie, preguntando—: ¿Puedes aclararme una cosa, ricura?

—¿Qué es? —repuso la mujer.

—¿Por qué te quedaste en Juba, siendo así que iba a iniciarse

aquel mismo día la rebelión?

—Contábamos con que en Juba también se levantasen, pero a última hora, cuando ya se habían marchado Lualdi y Dereck, los jefes militares en quienes confiábamos se echaron atrás. Tuvieron miedo. Entonces hube de salir precipitadamente para avisar a Craig, a quién sabía en el poblado nuba. No me costó mucho trabajo convencer a Anne. Me figuré que la tenías encandilada.

—¿Por qué hiciste el papel de que tú y Afine erais prisioneras de los salvajes?

Rosalie rio.

—Interrumpiste la parte más bonita de la comedia que representaba, Dick. Estaba a punto de descorrer el telón y mostrarme a Anne en mi verdadera personalidad. Quería verla morir, ¿lo entiendes?... Estaba segura de que tú me habías ofendido por ella... me irritaba su belleza... Yo no he querido nunca rivales... Pero cuando oí tu voz desde la cabaña tuve que cambiar de disco y por ello grité...

—Todo muy digno de un hermoso demonio como tú, ricura. Hasta consentiste que matasen al conductor del camión.

—Era un shilluck. Los nubas lo hubiesen liquidado de todas formas...

Dick volvió la mirada al italiano. Este enseñó los incisivos en una sonrisa sarcástica.

—¿Está preparado para morir, Winter? —preguntó.

CAPÍTULO XIV

De repente llamaron a la puerta.

Lualdi, que había levantado la pistola para disparar sobre Dick, hizo una señal a Rosalie y esta se dirigió a abrir.

En el umbral apareció un oficial negro, quien al entrar dirigió una mirada de sorpresa a los personajes de la escena que se ofrecía a sus ojos.

—¿Qué ocurre, Andi? —inquirió el italiano.

—Los prisioneros fueron ayudados a escapar...

—Fue este hombre. Supongo que los habréis reducido nuevamente.

—Los sorprendimos en las cuadras cuando intentaban huir. Hemos matado a quince.

—¿Y los otros?

—Lograron escapar.

—¡Por todos los infiernos...!

—Han salido en su persecución cincuenta de los nuestros. No tardarán en caer en nuestras manos.

De pronto, Winter dio un salto y aferró la muñeca armada de Rosalie. Esta giró dando un grito y quedando delante del policía. Entonces Lualdi disparó. El proyectil dirigido contra Dick lo recibió la esposa de Dereck Parker en el pecho.

Winter sintió el estremecimiento de Rosalie y puso la mano por encima de la de ella, presionando el dedo que tenía en el gatillo. Sonó otro disparo.

En la frente de Lualdi apareció un agujero. Su boca emitió un ronquido y se abatió sin vida en el suelo.

Andi sacaba en aquel momento su arma, pero no tuvo tiempo de hacer uso de ella. Dick repitió la presión y esta vez la bala se hundió en el estómago del oficial, quien dio un traspié y se desplomó también, lanzando el último suspiro.

Entre el primer disparo y el último había mediado el pequeño intervalo de cinco segundos. Todo se había desarrollado vertiginosamente.

Ahora Dick mantenía entre sus brazos el cuerpo aún caliente de Rosalie. La depositó con suavidad sobre el piso, observando el bello rostro de aquella mujer que en otro tiempo significó tanto para él.

Oyó ruido de pasos precipitados por la escalera y las voces de

varias personas.

Rápidamente se dirigió a la ventana que había al fondo, recogiendo en el camino la pistola que había pertenecido a Lualdi.

Abrió las hojas y miró hacia abajo. La ventana daba al patio, donde había muchos hombres. Levantó la cabeza y al ver que podía llegar a la techumbre subió al alféizar y dio un salto. De haber tardado un segundo más en decidirse, habría sido acribillado por las balas que escaparon por el hueco perdiéndose en el vacío.

Trepó arriba y corrió al otro extremo del edificio.

Al llegar al borde vio unos árboles que identificó como los que crecían en la plaza delantera, del cuartel.

A la luz de la luna distinguió una gruesa rama unos cuantos pies abajo y se dejó caer consiguiendo alcanzarla. Luego descendió fácilmente y en pocos segundos desapareció por la calle más próxima.

Cuando minutos más tarde llegó a la posada se dirigió al sirio que hablaba con unos clientes en una mesa.

—¿Y mi mujer? —inquirió.

El posadero se le quedó mirando como quien ve a un resucitado.

—Se lo estaba diciendo a estos señores. Su mujer se largó con otro hombre. Lo siento, señor... No pude evitarlo...

—Gracias, amigo. ¿Tienes un caballo para venderme?

—¿Eh?... ¿Un caballo?

Winter exhibió la pistola.

—¿Me lo das o te lo quito? Rápido.

—Sí, señor... se lo vendo... enseguida...

Fueron al cobertizo, donde había cinco cabalgaduras. El policía sacó unos billetes que había conservado al cambiar de vestimenta en el oasis de los árabes baggara, y se los entregó al posadero.

—Dame el más veloz. Ahí tienes el precio de tres caballos.

El sirio señaló un potro de fina estampa y Winter lo ensilló en un instante, montándolo de un salto.

—Hasta la vista, amigo —dijo a su asombrado interlocutor. Y salió de estampía.

Tuvo una inspiración, una corazonada.

Los soldados rebeldes habían partido tras quince prisioneros libertados, pero Sherman tuvo tiempo de recoger a Anne. Por lo tanto, él no debió marchar con aquellos, ni seguir posteriormente su misma ruta.

Ganó la salida del sur de la ciudad por una callejuela infecta, sin encontrar ningún obstáculo, amparándose siempre en la noche, y dobló hacia el Nordeste.

Diez millas más allá de Torit detuvo el caballo en una barranquera y, tras buscar un refugio, descendió de la silla y tendiose en el suelo.

Estaba agotado. Habían sido muchas horas de continuo movimiento; no tardó en conciliar el sueño.

Cuando despertó todavía reinaba la oscuridad. Volvió a montar y reemprendió el camino. Al amanecer calculó que habría dormido durante cinco horas.

A cinco millas del oasis de los baggaras, dos representantes de la tribu le dieron la bienvenida por encargo de Jalel el Zain.

El preguntó por Sherman y Anne, pero los indígenas le dijeron que ignoraban cuanto se refería a dichas personas y que solo se les había comunicado le diesen protección si la necesitaba.

Apenas llegó al campamento, saltó del caballo y penetró como una exhalación en la tienda del cacique, preguntando:

—¿Dónde está Anne?

Jalel el Zain, que se hallaba recostado sobre mullidos cojines, lo miró fríamente diciendo:

—¿Es así como saluda un amigo?

—Perdóname, jefe. Creí encontrar aquí a la mujer que me acompañaba.

—¿No hay otro asunto más importante de que me debas informar?

El policía meneó la cabeza en sentido afirmativo.

—Es como te dije, Jalel el Zain. El levantamiento de Torit estaba inspirado por un aventurero y financiado por un altruista.

—¿Estaba?

—Maté al bandido después que él asesinó al hombre que, engañado, había puesto su dinero en la empresa.

—Entonces, ¿todo ha acabado?

—Es posible que los rebeldes fanáticos resistan aún algunos días, pero creo que el grueso de las fuerzas se rendirán en cuanto el gobernador general les envíe un ultimátum. Así lo informaré al Mayor Robson para que a su vez lo comunique a Jartum².

De pronto dijo una voz:

—Usted no va a ir a ningún sitio, Winter.

Era Frank Craig, quien entró en la tienda con las manos junto a los muslos.

Winter corrió la derecha a la pistola, pero al ver al cazador desarmado detuvo su movimiento, y miró al cacique.

—¿Qué significa esto, Jalel el Zain?

—Se ha acogido a la ley del duelo de los árabes, baggara —

explicó el jefe.

—¿Sabe lo que es eso, Winter? —inquirió Craig con ironía.

—Perfectamente —repuso el policía—. Llevo unos cuantos años en esta parte del Sudán. Una lucha que se remonta a la época de las Cruzadas y que practican todavía algunas tribus africanas de origen árabe. Los dos rivales a caballo se enfrentan con una lanza por toda arma.

—Exacto. ¿Lo ha practicado alguna vez?

—Nunca.

El contrabandista sonrió.

—Cierta vez maté a un socio mío así; ¿no lo sabía, Winter? Fue en Uganda.

—No le tengo miedo, Craig. ¿Puede contestarme a unas preguntas?

—Tiene derecho a hacerlas.

—¿Cómo ha dado conmigo?

—Me despertó en el cuartel de Torit el ruido de los disparos. Cuando me enteré de lo que ocurría y de la forma en que se había realizado la evasión de los prisioneros, recordé sus ojos, los de aquel árabe baggara que se me llevó los veinte fusiles. Entonces vine hacia acá. Ha acabado con mi negocio y ahora quiero acabar yo con usted...

—¿Y James Singleton? No lo vi en Torit. ¿Qué tiene que ver con el motín?

—Nada. Dereck Parker compró una mina de oro apenas rentable, a instancias de Rosalie y Lualdi, para justificar su permanencia en esta parte del Sudán. Singleton, secretario de la sociedad que formó Parker, está hospedado en una casa de Torit, muerto de miedo desde que empezaron a sonar los disparos.

—Y se inició el levantamiento antes de que Lualdi y Parker llegasen a Torit, a fin de que no se estableciese una relación entre ellos.

—Es usted muy listo y yo tengo prisa por zanjar nuestra cuestión.

—Cuando quiera, Craig.

—Venid —dijo Jalel el Zain—, di orden de que tuviesen los caballos preparados.

Salieron al exterior. Dos baggaras sujetaban sendos potros de pura raza. Otro indígena sostenía en cada mano una lanza.

—Le corresponde a usted elegir caballo y arma, Winter —indicó el jefe.

Dick no vaciló en la elección, sabiendo que los dos animales

eran igualmente magníficos y las lanzas similares.

Los contendientes montaron en la silla y cogieron la lanza.

Jale el Zain señaló el lugar en que cada uno de ellos se había de colocar.

Un gran número de indígenas, ávidos de presenciar la lucha, se aglomeraron a ambos lados del campo que se iba a regar con sangre.

Los antagonistas quedaron separados por una distancia de treinta yardas.

El cacique baggara levantó el brazo cuya mano sostenía un velo blanco. Cuando lo bajase sería la señal para comenzar el cruento y ancestral torneo.

Los espectadores parecían haberse convertido en estatuas.

Winter y Craig colocaron la lanza bajo el brazo, rozando el pecho, sosteniéndola firmemente. Sus ojos estaban fijos en el pañuelo que mantenía en alto el jefe. De pronto, este hizo la señal.

Los dos jinetes partieron a un tiempo, y cada vez más raudos, se fueron acercando uno a otro con las lanzas en ristre.

Era como si el tiempo hubiese retrocedido quinientos años.

Sobrevino el choque.

Dick Winter sintió que la punta de acero de su enemigo le destrozaba la ropa, quemándole la carne del costado derecho. El en cambio había fallado el primer golpe porque Craig se había deslizado ligeramente de la silla.

Los duelistas volvieron grupas y se detuvieron unos segundos para iniciar la segunda pasada.

—¿Qué le parece, Winter? —gritó, sonriente, Frank—. ¡Ahora le mataré!... Solo he querido asustarlo.

Dick se dio cuenta de que sangraba por la herida y decidió jugarse el todo por el todo.

Dejó que Craig arrancase y dos segundos después lo hizo él, apretando con vigor la lanza, pero manteniéndola un poco ladeada.

Vio con claridad cómo Frank empezaba a deslizarse por la derecha y cuando lo tuvo encima, sin preocuparse de la lanza de aquel, desvió rápidamente la suya sobre el pecho enemigo.

Craig lanzó un alarido y se desplomó del caballo, quedando boca arriba en el suelo. Cerca del corazón mostraba un enorme boquete por el que manaba la sangre en abundancia.

Winter detuvo en seco su alazán, arrojó la lanza lejos de sí y saltó de la silla, corriendo al lado de Frank. Empero, cuando se agachó junto a él, había expirado.

Al enderezarse, oyó detrás la voz de Jale el Zain.

—Alá es todopoderoso y justo. Sabía que tú serías el vencedor, Winter.

—Yo no —contestó Dick—. Te lo aseguro.

—Hay una mujer que ha estado rezando por ti a su Dios.

—¿Una mujer? —exclamó el joven—. ¡Anne!

—Sí; no te lo quise decir porque ella me lo pidió. Cuando vino con tu amigo se quiso quedar para esperarte. Sherman se fue por refuerzos y no consiguió llevársela. Luego, al presentarse Craig y pedirme que cumpliese la ley del duelo, la mujer se metió en la tienda contigua a la mía...

Dick ya no le oía porque había empezado a correr. Poco antes de llegar a la tienda, Anne apareció en la puerta, y al verlo a él se arrojó en sus brazos.

Winter la estrechó anhelosamente contra su pecho, besándola en los labios.

—Te quiero, Anne, te quiero... —murmuró él cuando se separaron.

—Me has hecho pasar el peor rato de mi vida Dick.

—No podía morir, querida.

—¿Por qué?

—¿Crees que estaba dispuesto a perderme lo que me espera?

Anne hizo un mohín.

—¿Lo que te espera? —inquirió—. ¿Qué es?...

Dick guiñó un ojo y repuso:

—¿Es que no lo recuerdas, cariño?... ¡Eres pura dinamita...!

Ella rio y él le volvió a sellar la boca.

F I N

—¡Me enseñaron a ser así los que cuando aún era un niño inocente, me azotaron hasta creermé muerto...!

Estas palabras, dichas por un hombre duro, despiadado, primitivo en sus reacciones, hicieron estremecer a Margaret, la encantadora joven, protagonista femenina de



CONTINENTE NEGRO

Una apasionante novela, en la que su autor

ALAR BENET

no elude la intriga policiaca, ni la aventura directa en el sugestivo marco de la selva cuajada de peligros y asechanzas

CONTINENTE NEGRO

A través de los territorios de Tanganica y el Congo Belga, una heroica expedición busca incansablemente, un importante alijo de diamantes...

CONTINENTE NEGRO

es el título de la emocionante

Colección CONGO

que usted podrá leer la próxima semana

Precio de venta: 5 ptas

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"

419 — M. L. Estefanía
TORRENTE DE PLOMO

COLECCION "BUFALO"

116 — Donald Curtis
TERRITORIO VIOLENTO

COLECCION "CONGO"

10 — Keith Luger
REVUELTA EN EL SUDAN

COLECCION "PANTERA"

53 — Jim Gart
UN HOMBRE MARCADO

COL. "SERVICIO SECRETO"

283 — Mark Halloran
CUANDO LA MUERTE RIE

COLECCION

"PRACTICA Y POPULAR"

SIMPATIA Y PERSONALIDAD

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"

478 — Jesús Navarro
UN POCO DE ILUSION

COLEC. "MADREPERLA"

374 — Javier Catá
UNA MUJER SOLA

COLECCION "ROSAURA"

318 — Sergio Duval
INFORMACION PRIVADA

COLECCION "AMAPOLA"

204 — Armando Sandoval
ENIGMA DEL CORAZON

COLECCION "ALONDRA"

157 — Cletilde Méndez
EL LIBRO DE RUTH

COLECCION "CAMELIA"

98 — Marí del Carmen Rey
EL EMBUSTE DE MAGGIE

COLECCION "ORQUIDEA"

68 — Agatha Mer
LA RUTA DE KAU-LUN

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona " Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

Para triunfar en la vida, se precisa tener un "algo" por el que podamos distinguírnos de los demás. Ese "algo" se llama

SIMPATIA Y PERSONALIDAD



Con este título, la famosa

COLECCION PRACTICA

le ofrece un completo estudio que le permitirá modelar su carácter y conseguir así, destacar en su medio ambiente y en sus actividades profesionales

Simpatía y personalidad

¡Un volumen que usted precisa indiscutiblemente!

Lo hallará la próxima semana en quioscos y librerías, bajo el distintivo de

COLECCION PRACTICA

lo que significa garantía de calidad y buen gusto

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



TODOS LEEN...

**...EL ALMANAQUE
de EL D.D.T...**

**...PARA 1956
PRECIO 3pts**

UNITED ARTISTS
C. B. FILMS

EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

TRES FIRMAS DE PRESTIGIO, UNIDAS

para ofrecer al público, una obra maestra en sus
versiones literaria y cinematográfica

NO SERAS UN EXTRAÑO

La novela que ha batido el record de ventas en
Estados Unidos, el pasado año y la película más
admirada de los últimos tiempos.

NO SERAS UN EXTRAÑO

La obra maestra de

MORTON THOMPSON

es un girón de la vida misma, reflejada con el
más completo y asombroso verismo.



**LUCAS Y
KRISTINA**

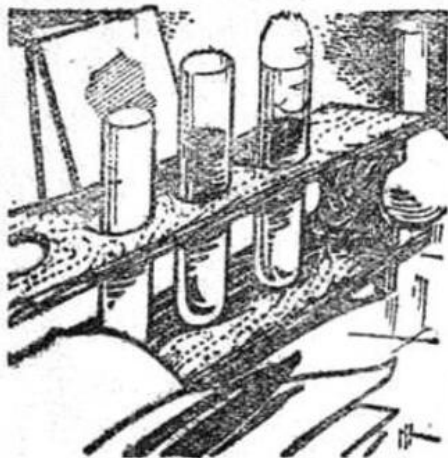
son su pareja protago-
nista. Un matrimonio
unido en la profesión y
distinguido en sus sen-
timientos, para quienes
la felicidad era
desconocida



NO SERAS UN EXTRAÑO

¡Una novela que nadie puede dejar de leer!
DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

PRECIO: 100 PTS.



¿Conoce las funestas consecuencias que puede ejercer en el organismo que la padece?

Insistimos en la importancia que para usted posee la lectura del volumen número 1, ya publicado, de la ENCICLOPEDIA DE LA SALUD y que lleva por título:

¿PUEDE MATAR LA ALERGIA?

¡Todo cuanto se sabe respecto a la más misteriosa afección de los tiempos modernos!

En este mismo volumen hallará usted, además, los siguientes artículos:

- * COMO COMBATIR EL DOLOR DE CABEZA.
- * ALIMENTACION DEL ATLETA QUE DESEA TRIUNFAR.
- * ¿AIRE, AGUA Y SOL, PERJUDICAN?

¡Y otros muchos, de apasionante interés!

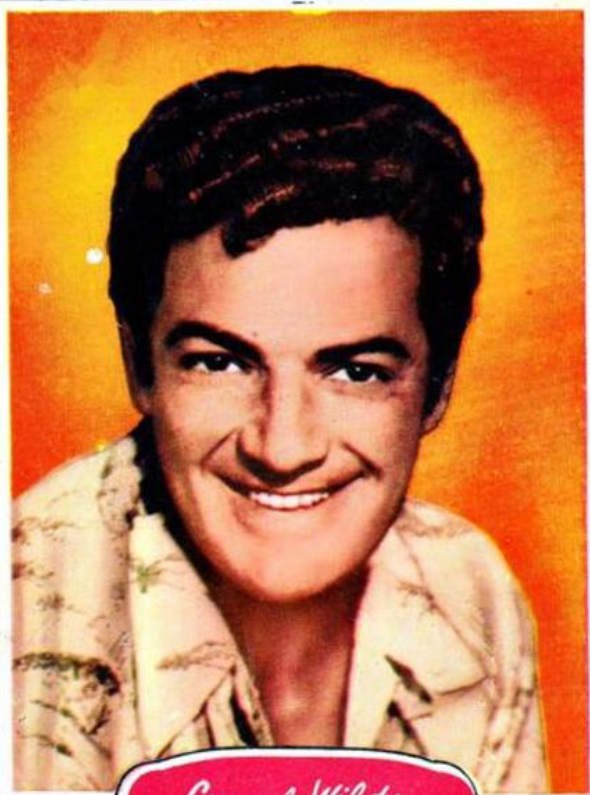
Adquiera, antes de que se agote:

¿PUEDE MATAR LA ALERGIA?

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS
DE NO HALLARLO EN SU LOCALIDAD, SOLICITELO A:

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS



Cornel Wilde

N.º 192 Procedente del teatro, tuvo una gran época en el cine. Sus mejores películas son "Estrella de la India" y "Más fuerte que ley". Nació el 13 de octubre de 1915, en Nueva York.

Foto COLUMBIA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 ptas .Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: \$3'50

Notas

[←1]

Famoso general inglés, conquistador del Sudán en 1898, tras cruenta lucha. (N. del E.)

Efectivamente, el gobernador general Sir Alexander Knox Helm envió el 26 de agosto de 1955 un ultimátum a los rebeldes de Torit para que se rindiesen en el término de veinticuatro horas. En el mensaje de contestación, los amotinados convinieron en rendirse, si bien solicitaron una ampliación de otras veinticuatro horas. El 28 de agosto se efectuó esta rendición.